

Sial 15/11

UN VIAJE POR ORIENTE.



REAL Y MEDIO CADA TOMO.

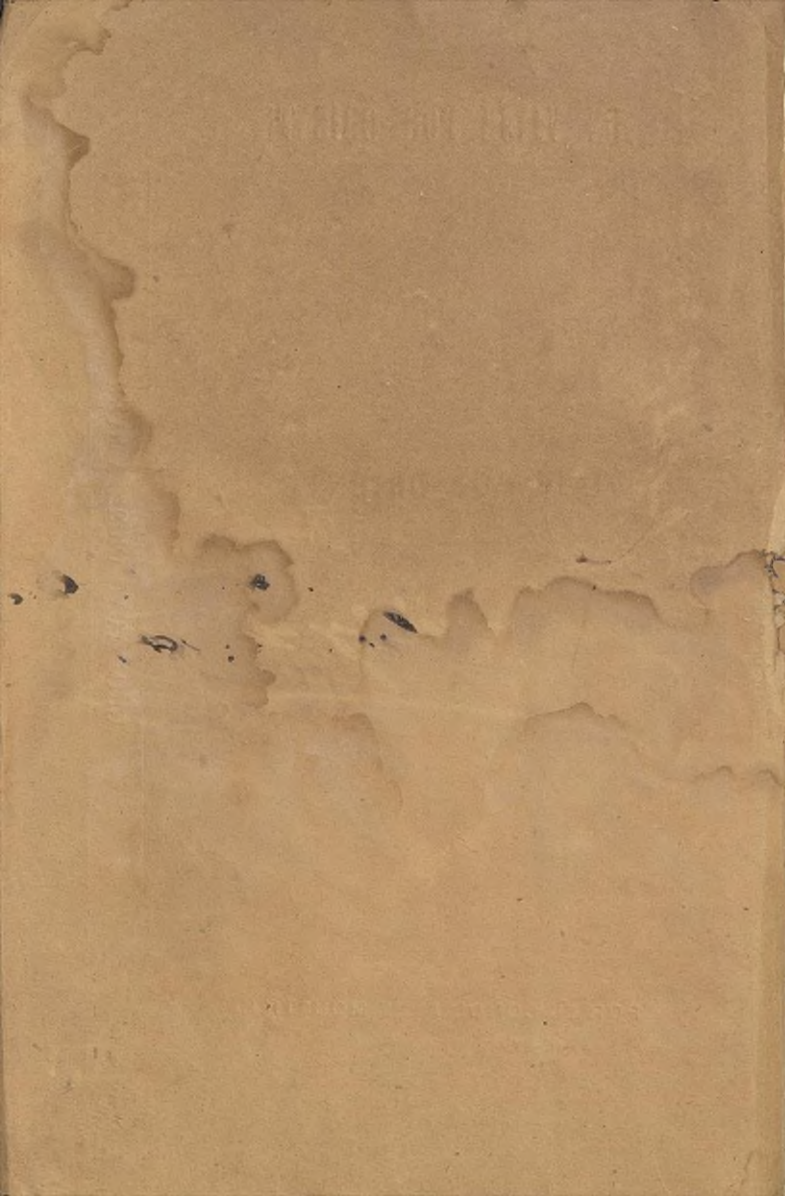
POR EL CONDE A. DE MOUSTIER.

TOMO I.

15928
1867

BIBLIOTECA MADRILEÑA.

5173



247-2368

Reg. ad / 374 del 16823.

UN VIAJE POR ORIENTE.

Merced y Martí

LA VILLE D'ORIENTE

Handwritten signature or name, possibly "M. de la Roche" or similar, written in cursive script.

5173



Una comida en el konak de Ak-Serai.

GALERIA LITERARIA.—MURCIA Y MARTÍ, EDITORES.

UN VIAJE POR ORIENTE

DE CONSTANTINOPLA Á EFESO

POR

EL CONDE A, DE MOUSTIER,

Version española

DE E. H. Y F.

TOMO I.

MADRID:
Imprenta de la Galería Literaria
Colegiata, 6.

1874

GALEON LITERARIA - MURCIA Y MARTI EDITORES

UN VIAJE POR ORIENTE

DE CONSTANTINOPLE A BEIRO

Es propiedad de los editores.

1874

CAPITULO PRIMERO.

Grandezas pasadas del Asia Menor.—Interés que inspira todavía al viajero.—Firman del Sultan.—Salimos de Constantinopla.—El golfo de Izmid.—Calcedonia.—Nicomedia.—Sabandja.

Entre todas las diversas provincias sometidas al poder del Gran Señor, ninguna seguramente como la Anatolia para que el viajero pueda estudiar á conciencia las costumbres y los rasgos característicos de la raza turca, sin exponerse á sacar esas consecuencias extremas que todos los dias vemos formuladas y que no pueden atribuirse más que á una observacion imperfecta.

En Constantinopla se halla el viajero entre los hombres montados á la antigua, más desconfiados é intratables que en otra cualquiera parte, y los

refinados, que en París y en Lóndres se han despojado de su carácter nacional, para volver á su pátria con un gran fondo de excepticismo y con un gusto más pronunciado por nuestros placeres que por nuestros hábitos de laboriosidad. Las masas populares, por otra parte, se resienten allí del contínuo contacto con los extranjeros.

En Siria, en Bulgaria, en las provincias griegas, los turcos viven en un país que puede considerarse enemigo, y no se les puede juzgar bien, como no se juzga bien á los ingleses en la India ó en Irlanda.

En la Anatolia, por el contrario, están en su propio país, y aquí aparece ya su carácter sin violencia, con sus virtudes y sus vicios. Así, pues, sin trazar ahora el bosquejo moral de esta raza por los elementos que he podido recojer, solamente explicaré la razon por qué, dejando á Constantinopla, resolví dirigir mis pasos hácia unas comarcas que la gran mayoría de los extranjeros rehusa visitar.

Por otra parte, ¿no bastaba acaso el atractivo de los grandes recuerdos para llamar mi curiosi-

dad hácia el Asia Menor, cuyos anales llenan las primeras páginas de la historia, y donde antes que en ningún otro país hubo pueblos ilustres y hombres famosos?

Allí fué donde el egipcio Serostris combatió hace más de tres mil años contra las hordas de los scitas venidos de los páramos del Norte; allí fué donde los dioses y los héroes de las edades mitológicas realizaron sus fabulosas hazañas; y Homero, que cantó la primera epopeya, y el sábio Thales, y el ingenioso Esopo, y Herodoto y Apelles fueron hijos del Asia Menor.

La antigua Grecia, la Grecia de los grandes guerreros y de los grandes artistas, encontró en ella como una segunda vida en sus colonias, que por el esplendor de sus artes y de sus letras no cedieron á la madre pátria; y la misma Roma, cuando llegada al apogeo de su grandeza dictaba leyes al mundo antiguo, se complacia en encontrar allí su cuna.

Aquel suelo clásico ha sido el campo de batalla donde se han librado esas colosales luchas empeñadas entre el Oriente y el Occidente,

que marcan las grandes épocas de la historia.

Después, cuando la fúlgida luz del cristianismo viene á disipar las letales sombras del mundo antiguo, aquella tierra, morada predilecta de los dioses del Olimpo, recibe un nuevo esplendor. En ella ve la luz el Salvador del mundo; en ella también se desarrolla el drama sublime de la Redención, San Pablo y San Bernabé la recorren en todas direcciones predicando el Evangelio; San Juan ocupa la silla de Efeso, donde la Santa Virgen habita algún tiempo á su lado, y el ángel del Apocalipsis proclama en tales sitios los altos destinos de las siete iglesias de Asia.

Diocleciano, el último de los perseguidores del cristianismo, se despoja en Nicomedia de la púrpura imperial, y no lejos de ella, Constantino, el primer emperador cristiano, entrega su alma á Dios.

El primer concilio ecuménico tiene lugar en una de sus ciudades, en Nicea; Efeso y Calcedonia reciben luego á su vez á los padres de la Iglesia. Pero en breve sobre las magestuosas ruinas

de los templos griegos, sobre los restos sagrados de las iglesias cristianas, nuevos invasores plantan el estandarte de Mahoma.

Para que ningun pueblo de la tierra permanezca extraño á estas comarcas, para que no les falte absolutamente ninguna ilustracion, el odio á la media luna exhalta el ardor religioso de nuestros padres y los ejércitos de los cruzados las atraviesan una y otra vez con Pedro el Ermitaño, con Godofredo de Buillon, con Tancredo, con Guido de Lusignan y con Ricardo Corazon de Leon.

Y la extrema Asia, representada por Tamerlan, acude tambien á su turno á esta cita de naciones.

No, no hay bajo el sol otro país que tenga una historia tan grande. Así, pues, el solo encanto de los recuerdos deberia atraer á los viajeros, aunque en el órden de las bellezas naturales nada pudiera ofrecerse á su admiracion. Pero ni siquiera falta esto: aquellas montañas con sus espesos y frondosos bosques, con sus claros rios, con sus transparentes lagos, en cuyas márgenes yacen las ruinas de ciudades por tantos títulos ilustres;

aquellas costas y playas, recortadas en mil caprichosos festones por las ondas del más poético de los mares, dan al Asia Menor un sello de grandeza digno de sus altos destinos.

Tal es el país que rápidamente he visitado: sin haberle recorrido en todas sus partes, he podido, sin embargo, seguir un itinerario que tocaba los puntos principales y estudiar así con la perfeccion posible los más notables rasgos de su fisonomía. No tengo la pretension de escribir sobre el Asia Menor un libro completo: solo diré lo que he visto y el orden coaque lo he visto. Un simple diario de viaje es lo que voy á trascribir.

El 24 de Setiembre de 1862, á la caída del dia, doblé la punta del Serrallo á bordo del *Ajaccio*, aviso de vapor estacionado en el Bósforo. M. de Vernouillet, secretario de la embajada de Francia en Constantinopla, agregado anteriormente á la mision en China y acostumbrado desde mucho tiempo atrás á las exploraciones aventureras, ha tenido á bien unirse á mí para visitar las hermosas comarcas del Asia Menor.

Un criado francés y un dragoman griego nos

acompañan en nuestra expedición: el último debe llenar también, en caso necesario, las funciones de proveedor y aún las de cocinero. Nuestros bagajes van encerrados en cuatro cajas, á cuyo alrededor se han colocado ligeros lechos de campaña.

No hemos querido proveernos de tiendas, pues creemos hallar cada noche algún lugar habitado, y el firman del sultán de que vamos provistos es una garantía de buen acogimiento.

Como muestra del estilo de la cancellería otomana, y porque da una idea de las costumbres orientales, vamos á insertar aquí este documento, que bien merece ser conocido por nuestro lectores.

Encabézalo el Thugra imperial, ese signo tan venerado por los turcos, cuyas complicadas líneas contorneadas de raros arabescos representan, según dicen, la marca de los cinco dedos que los primeros sultanes ponían, á manera de rúbrica, debajo de sus escritos oficiales, y que Mohammed II imprimió empapados de sangre en una de las columnas de la magnífica iglesia de Santa Sofía.

Estos arabescos rodean el nombre del soberano:

EL SULTAN, HIJO DEL SULTAN
 ABDUL-AZIZ-KHAN,
 HIJO DEL SULTAN MAHMUD KHAN.

«Gloria á los ulemas, sábios, cadíes y muftíes de los distritos que se encuentran en el camino de Bursa á Kintaiah y á Smirna (que el Altísimo aumente su ciencia);

»Gloria á sus semejantes y á sus iguales, mudires de los distritos y miembros de los medjlis (que su autoridad se afirme).

»A la presentacion de este elevado signo imperial, sabed:

»Que el conde de Moustier, uno de los señores principales del glorioso reino de Francia, y M. de Vernouillet, uno de los secretarios de la embajada, desean viajar; para distraerse, desde Constantinopla á Bursa, y á Kintaiah, y á Smirna, y á sus contornos.

»En consecuencia, vosotros los cadíes, muftíes y demás ya dichos, cuando M. de Moustier y

M. de Vernouillet entren en el territorio de cualquiera de vosotros, tendreis con ellos todos los miramientos que les son debidos y les hareis suministrar cuanto les sea necesario en víveres y caballos.

»Y haciendo que los acompañe el número necesario de zaptíes, cuidareis que viajen con toda seguridad, y que en nada ni por nadie sean incomodados.

»A este efecto se expide el presente firman: obrad, pues, en consecuencia; sabedlo, y dadle fé por este noble signo.

»Escrito en la última década del mes de Rebiulewel 1279 (Setiembre de 1862).

»En Constantinopla, la bien guardada.»

El 25 de Setiembre, al salir el sol, el *Ajaccio* surcaba las tranquilas y azules aguas del golfo de Nicomedia, el *Arcatus sinus* de los antiguos. Al igual del Bóforo, este golfo está circunvalado por pequeñas y fértiles colinas, donde se alzaban en otro tiempo las suntuosas quintas de los patricios de Bizancio, pero en las cuales no hay ya más que alguna que otra aldea sin la menor importancia,

cuyos nombres, sin embargo, fueron célebres en otras épocas.

A la entrada del golfo, en frente de Constantinopla, se halla Kadi-Keni, la antigua Calcedonia, ciudad ilustre, mezclada en todas las guerras de la antigüedad, sitiada por Pharnabases, por Alcibiades y por Mitrídates, y floreciente aún en tiempo de los sucesores de Constantino.

Allí fué donde el miserable Rufino, aquel indigno ministro de los emperadores Teodosio y Arcadio, estableció su residencia habitual, haciendo construir con este objeto una quinta tan vasta y suntuosa que fué llamada *Rufinópolis*. El cuarto concilio general, celebrado en 451, se reunió allí para condenar al heresiarca Eutiches. Los hermosos monumentos de la antigua Calcedonia han desaparecido completamente, y sus ruinas, trasladadas á Constantinopla, han suministrado materiales para la gran mezquita de Soliman.

En la misma orilla se muestra Guebiré, la antigua Libissa, donde uno de los más ilustres capitanes de Cartago, Annibal, recurrió al veneno para librarse de caer en poder de los romanos.

Plinio dice que visitó su tumba; pero sería indudablemente el modesto sepulcro cubierto de cesped que aquí se vé todavía. Más adelante se ve á Hereké, la antigua Ancira, situada muy cerca de Nicomedia, donde Constantino tenia una granja, en la cual exhaló el último suspiro.

A las ocho de la mañana anclamos en Nicomedia.

La ciudad, derramada sobre los lados de una colina, ofrece un aspecto sumamente gracioso, y grandes masas de verdura, y cúpulas y minaretes, resaltan por todos lados entre los grapos de casas, constituyendo un espectáculo en extremo pintoresco.

En medio de la costa se ve el kiosko del sultan, construccion reciente y destituida de importancia alguna. De ningun modo recuerda el palacio magnífico de Diocleciano, que fué incendiado el mismo año en que el emperador firmó el edicto de persecucion contra los cristianos, ni el edificado á mediados del siglo XVII por Amurat IV, cuyos últimos vestigios han desaparecido por completo. Cerca de él se hallan los astilleros

de la marina, que durante varios siglos han producido aquellas grandes flotas que tanto temor inspiraban á los pueblos cristianos. Los tiempos, sin embargo, han cambiado muchísimo, y ya no ofrecen el más pequeño peligro para Europa: además, el armamento de los principales buques de la escuadra turca se hace en Constantinopla. No obstante, Nicomedia suministra aún su contingente á la marina, y enfrente tenemos una fragata en construccion. El sultan, que desde los primeros tiempos de su reinado manifiesta el más vivo interés por el ejército y la marina, ha de venir á visitarla dentro de pocos dias.

De la célebre Nicomedia de los tiempos antiguos, capital de la Bitinia, fundada por Nicomedes I á principios del siglo IV antes de nuestra era, y embellecida por Plinio el Joven, pretor de la provincia por el ilustre emperador Trajano y por el severo Diocleciano, que despues de haber perseguido encarnizadamente á los cristianos resignó en ella la dignidad imperial (año 305 de Jesucristo); de la gran Nicomedia de otras épocas solo quedan en la actualidad algunas ruinas

de murallas y súcios albañales, dignos apenas de la atención del viajero.

Nicomedia es hoy la capital del Kodja-Ili: el censo de población no pasará de 20,000 almas, y los cristianos griegos y armenios forman la sexta parte de los habitantes.

Las formalidades de aduana y sanidad nos retuvieron á bordo del *Ajaccio* hasta despues de almorzar, y hasta las once no pudimos saltar en tierra, donde encontramos al *kaimakan* ó gobernador, establecido bajo una tienda mientras reconstruyen su *konak*, que con este nombre se designa en las ciudades de provincia la residencia oficial del primer magistrado. Estaba rodeado de los miembros del *medjlis* ó consejo y nos hizo el más cortés recibimiento. Los *tchibuks* ó pipas, el café, los cumplimientos de costumbre y las conversaciones de que nos aprovechamos para adquirir noticias y fijar nuestro itinerario, absorven una hora larga, durante la cual los zap-
tíes destinados por el *kaimakan* para acompañarnos nos preparaban caballos de posta.

Las divisiones territoriales del Imperio Oto-

mano, antiguas ya, pero regularizadas por el *Tanzimat*, son las siguientes: *Eyalet* ó gobierno, á cuya cabeza hay un *wali*; *sandjak* ó provincia, gobernada por un *kaimakan*; *kazá* ó distrito, que gobierna un *mudir*, y *nahiyé* ó concejo, dirigido por un *mukhtar*. Cada uno de estos magistrados está asistido por un *medjlis*, consejo compuesto de los principales funcionarios y de los notables de la circunscripcion. Las comuniones cristianas y las judías están representadas en él por los obispos y por los rabinos ó sus delegados. Las atribuciones de estos consejos consisten principalmente en la reparticion de los impuestos: á veces se constituyen tambien en tribunal.

Al mediodía estamos ya á caballo y dispuestos á emprender nuestra expedicion: cambiamos los últimos *temenas* con las autoridades de Nicomedia y salimos de la ciudad.

Los *temenas* son los saludos, y los hay de muchos grados. El *temena* humilde exige que uno se encorve profundamente, haciendo á la vez como que recoge polvo de los piés del saludado y que lo derrama sobre su propia frente. Para el

tenema respetuoso se lleva la mano al corazón, á la boca y á la frente. La mano en el corazón ó en la frente constituye el temena familiar. Por lo comun, en Oriente el superior saluda primero al inferior, y éste espera la señal para asegurarse de que sus cumplimientos no serán importunos. Los extranjeros, ignorando este ceremonial, estan á punto de tomar por grosería lo que en el fondo no es sinó extremo de humildad.

Los dos zapties que el kaimakan nos ha dado para escolta son, como la mayor parte de sus camaradas, gentes de muy buena cara; quiero decir, de fisonomía marcial, perfectamente montados y vestidos y armados con esmero.

Estos zapties hacen en Turquía un oficio análogo al de nuestro cuerpo de gendarmes; pero se concibe fácilmente que si el objeto general de su organizacion es el mismo, la proteccion de las personas y la conservacion del orden público, en cuanto á los detalles no hay ninguna asimilacion posible. No tienen la obligacion de usar uniforme y su vestido es como el del ginete turco, á menos que no reemplacen el viejo turbante nacional por

el fez de ordenanza: el color del traje, los dibujos de los bordados, la eleccion de las armas de todas formas y labores, metidas en el cinturon rojo, como se clavan los alfileres en una almohadilla, todo eso depende del capricho de cada individuo.

La condicion del zaptí se armoniza perfectamente con los gustos favoritos del osmanlí; caracolear sobre un brioso caballo, lucir armas brillantes, vagar por montes y valles fumando el *tchibuk*, hacerse servir en cada pueblo el café y alguna vez una gallina ú otro plato fuerte, es un género de vida muy apreciado en Turquía. Así, pues, cada pueblo, cabeza de distrito y residencia de un mudir, tiene su cuerpo de zaptíes, los cuales adquieren caballos, se equipan y proveen á todas sus necesidades con el diminuto sueldo de sesenta y cinco piastras (quince pesetas) al mes, segun me han asegurado.

A pesar de su sobriedad proverbial y de la baratura de las cosas, no les bastaria seguramente tan pequeño sueldo sinó pudiesen añadirle algun otro provecho, como las gratificaciones de

los viajeros á quienes dan escolta. Estas gratificaciones llegan algunas veces á ser muy crecidas, especialmente cuando se trata de un *raya* conductor de valores, que reclama la proteccion de los zaptíes sin tener el derecho de requerirlos: entonces el *raya* les da en un dia mucho más que el gobierno en todo un mes.

Rara vez sucede que los zaptíes salgan en ayunas del pueblo en que han pasado la noche, y generalmente en el *konak* los restos de la mesa del *kaimakan* ó del *mudir* vienen á ser los regalos de la suya.

¿Tienen algunas otras utilidades? ¿Existen entre ellos y los salteadores culpables y secretas inteligencias, como nos lo han dicho algunas veces malas lenguas? Me inclino á creer todo lo contrario y á juzgar que si esto ha sucedido alguna vez, será por excepcion. Es posible que en algunas ocasiones hayan evitado el encuentro de gabillas que no podrian dispersar; es posible tambien que algunas veces hayan hecho la vista gorda respecto á las fechorías de algunos tiranuelos poco escrupulosos en sus relaciones con

los vecinos rayas; pero, con todo, muchos zaptíes se han dejado matar, y algunos recientemente, por defender los convoyes que iban custodiando, y cuando un viajero se confía á ellos, razon tiene en mi concepto para contar, ya que no con una seguridad completa, al menos con su fidelidad. Por mi parte, no recuerdo haberles visto hacer daño á la gente del campo, como algunos aseguran, y aquellos con quienes hemos estado en relaciones se han portado siempre con honradez, demostrándonos los mayores miramientos.

De Izmid á Sabandja hay una distancia de treinta kilómetros, é invertimos seis horas en andarla. El camino tiene una anchura de cuatro metros próximamente; pero empedrados con tanta desigualdad y de una manera tan infernal que casi es impracticable para los caballos. Es necesario caminar casi constantemente por los senderos laterales, los cuales, á consecuencia de las lluvias, están convertidos en barrancos. La cabrada, además, se halla rota y cortada por más de un punto.

Este mal camino es la antigua vía, construida por los romanos, que atravesaba el Asia Menor de Noroeste á Sudoeste, hasta los confines de Siria; la arteria principal de que parten aún en la actualidad las diferentes líneas que unen el golfo Pérsico al Bósforo y las grandes ciudades de la Armenia, de la Mesopotamia y de la Anatolia á la capital del imperio. Los primeros sultanes la han cuidado sin duda alguna, pero hace mucho tiempo que está en completo abandono, como todas las obras públicas de Turquía. Los otros caminos, ya muy descuidados en tiempo del Bajo Imperio, no existen hoy: solamente hay senderos por donde se hacen los trasportes á lomo de caballo ó de camello.

Encontramos en nuestro camino, ora yuntas de bueyes que agotaban sus fuerzas para sacar fuera de los baches dos ó tres pares de ruedas sobre las cuales van sujetos enormes troncos de árboles, ora numerosas caravanas de camellos, las unas en marcha y las otras preparándose á vivaquear en un sitio despejado.

Los árboles que hay á lo largo del camino, sofo-

cados por las enredaderas, las parras silvestres y otras plantas trepadoras, ofrecen á los ojos del viajero una serie de enormes zarzales entre claros de rastrea yerba, donde descuellan grandes plátanos. El tronco de estos árboles está mutilado generalmente á algunas toesas del suelo, lo que perjudica en gran manera á la belleza de sus proporciones. En su base presentan la mayor parte de los troncos una escavacion que sirve de garita y chimenea á los camelleros durante la noche.

Nuestra marcha no ha sido interrumpida más que por algunos instantes de reposo delante de un *derbend*, pequeño edificio que tiene tanto de café como de cuerpo de guardia, situado á la sombra de los plátanos; y á las seis y media, ya bastante entrada la noche, penetramos en el pueblo de Sabandja.

Las calles de esta poblacion, como las de la mayor parte de las ciudades turcas, son sumamente estrechas, y estan cubiertas, por decirlo así, con los salientes aleros de las casas. Tuvimos que atravesarla en toda su longitud para ganar,

al otro extremo, un edificio aislado y medio oculto entre los árboles, que, según nos dijeron, era un *khan* recientemente construido para servir de albergue á los extranjeros. Hay muy pocos pueblos en el imperio turco que no tengan un establecimiento de esta clase; se considera como una obra pía contribuir á su fundacion y la caridad privada hace comunmente estos gastos.

El *khan* no tiene, por regla general, el más pequeño mueble y no ofrece ningun recurso para la subsistencia del viajero. Se le franquea, se le instala en él, y come lo que Dios quiere. El de Sabandja se halla en el mejor estado: por una excepcion felicísima encontramos dos salas rodeadas de esteras y divanes, en las cuales nos establecimos, y un *cavedji* (cafetero), que ha tenido la buena idea de montar una especie de restaurant en el piso bajo, nos suministra, tomándose el tiempo necesario, una tortilla y una gallina guisada con arroz. Así nuestra primera jornada termina con las mejores condiciones.

El mudir de Sabandja está ausente, pero su

vekil ó lugarteniente nos hace una visita y nos ofrece buenos caballos y dos *zaptíes* para la mañana siguiente á las seis.

A las siete, sin embargo, no están aún en el patio del parador.

CAPITULO II.

El lago de Sabandja.—El puente de Sophon.—Ada-Bazar.—

El rio Sangario.—Kemer-Kuprú.

Atravesamos una parte de la pequeña ciudad, cuyos cafés están ya llenos de esos ociosos que inundan las calles de las poblaciones turcas, y dirigiéndonos hácia el Norte, llegamos al lago de Sabandja, situado á algunos centenares de metros de la poblacion.

Seguimos por la playa, encajonada entre altas rocas, y á veces nos vemos precisados á meternos en el agua, que llega hasta su pié.

En tiempo de Plinio el Joven, prefecto de Nicomedia, segun se vé en su correspondencia con el emperador Trajano, hubo el proyecto de abrir

un canal que pusiese en comunicacion el rio Sangario y el golfo de Nicomedia, por medio del lago de Sabandja, que domina á los dos. Este proyecto, despues de haber dormido siete ú ocho siglos, se verá realizado algun dia, no hay que dudarlo.

A las nueve y media nos encontramos á la entrada del antiguo puente de Sophon, llamado hoy puente de Nhamet. Este puente fué construido á mediados del siglo VI de nuestra era, por el emperador Justiniano, sobre el rio Sangario, que despues ha buscado al Este otro curso, siendo hoy el antiguo lecho tan solo un ancho barrizal por el que se desliza un hilo de agua corriente. Los terrenos acumulados por las aguas y que tapiza una gran vegetacion cubren los basamentos de los arcos y se elevan casi hasta el arranque de las bóvedas. Esta circunstancia priva al monumento de una parte de su grandeza; pero siempre es un espectáculo imponente el de un edificio de esta importancia perdido en la soledad y medio oculto entre las hojas de las higueras y los pámpanos de las vides.

Dice un proverbio turco que nos ha citado el kaimakan: *Quien no ha visto el puente de Nhamet, no á visto nada.* Y en verdad que lo que de él refieren Procopio y Constantino Porphyrogenetes prueba que la admiracion de los griegos del Bajo Imperio en nada cedia á la de los actuales señores del país.

La longitud de este puente ó viaducto es de más de cuatrocientos metros, y se tiende sobre doce arcos de cimbra completa y de diámetros distintos, pero de igual altura, presentando una superficie horizontal pavimentada de anchas baldosas.

Ha desaparecido completamente un arco de triunfo que habia en la extremidad más próxima al lago, y cuya existencia certificaba un viajero que visitó estas comarcas hace veinticinco años; pero, en cambio, al lado opuesto se ve todavía un monumento en forma de semi-cúpula ó de nicho, en la interseccion de los dos ángulos rectos que describe el camino con relacion al eje del puente, y cuyos lados se dirigen uno hácia el mar Negro y otro hácia el Tauro.

A poca distancia, y pegadas á la cara meridional de uno de los arcos, descúbrese tambien unas construcciones abovedadas, que probablemente han debido servir de base á un edificio, tal vez un templo ó una hospedería.

Dejamos nuestros caballos á la sombra, bajo la cúpula bizantina, y despues de dibujar y fotografiar los restos de aquellos monumentos que teníamos á la vista, nos acomodamos sobre unos fragmentos de pilastras para hacer nuestra frugal comida.

Por delante de nosotros pasan sin cesar numerosas cabalgatas de hombres y mujeres, cuyos trajes y actitudes ofrecen una gran variedad: son armenios, segun nos dicen nuestros guías, que van en peregrinacion á una poblacion vecina.

A las dos emprendemos otra vez nuestra marcha, aventurándonos por un estrecho sendero que serpentea entre espesos bosquecillos de lentiscos, y muy luego los minaretes de Ada-Bazar ó Ada-Keni aparecen á la otra parte de un pintoresco valle.

Ada-Bazar, situado en la márgen izquierda

del rio Sangario, alberga una poblacion que no pasa de diez mil habitantes, de los cuales una tercera parte son armenios, habiendo tambien un millar de griegos.

Uno de los zapfies de nuestra escolta, despachado en calidad de emisario, no ha encontrado al mudir de la poblacion; pero el *tchorbadji* griego (magistrado municipal encargado de administrar los negocios de la comunidad cristiana), sale á nuestro encuentro, y nos conduce á casa de uno de sus correigionarios, excelente mercader, que nos instala en un aposento guarnecido de divanes.

Confituras, café y cigarrillos, que entre los griegos reemplazan á los tchibuk, se nos ofrecen con gran profusion, y nuestro huesped nos da á entender por medio de expresivos gestos su deseo de sernos agradable. Permanece sentado á nuestros piés, y repite con frecuencia esta pregunta:

—¿Qué puedo hacer para que esteis contentos?

Sus hijos, jóvenes de fisonomía inteligente y viva, cuyo aspecto no puede ser más agradable,

llegan muy luego con todos sus parientes y amigos, á quienes han ido á buscar para que nos obsequien.

Deseamos despues visitar la ciudad, y nuestro huesped nos conduce á la iglesia griega, edificio de gran magnitud entreverado de mil colores. Una verja y una cortina ocultan el altar: las paredes desaparecen tambien tras las numerosas imágenes de los santos, pinturas con laminillas realzadas de oro y piedras falsas, en ese estilo bizantino cuyo tipo se ha conservado invariable hasta nuestros dias, así en Rusia como en Grecia y Oriente.

En la pieza principal de nuestro alojamiento hay una de esas imágenes, representando la ciudad de Jerusalem entre el infierno y el cielo, acompañada de una larga leyenda. Una bonita lámpara de bronce arde á su lado dia y noche.

Despues vamos á ver el establecimiento de vapor para serrar maderas que acaba de montar M. Raffaeli, un traficante de Pera, protegido inglés, quien nos recibe con las mayores atenciones. Este industrial fabrica con destino á Europa her-

mosas cajas de escopeta de madera de nogal. Este árbol es muy abundante en el país y llega á engrosar de un modo extraordinario. Verdad es que no se explotan sinó los árboles que cuentan ya siglos de existencia. Si han sido plantados por la mano del hombre, los que prepararon á sus descendientes esta fuente de riqueza han quedado desde mucho tiempo hace sin imitadores, pues no se encuentran árboles jóvenes. Así es que la especie vendrá á acabarse en el país de Ada-Bazar, y son muy difíciles los trasportes para que los industriales vayan á proveerse á otra parte.

Esta industria, sin embargo, es sumamente lucrativa: me han sacado la cuenta de los beneficios que produce, y no me atrevo á consignar la cifra, porque parecería fabulosa. Hay que consignar, sin embargo, que en este país toda empresa exige que se arriesgue algo respecto de la seguridad, y hé aquí la causa por qué ningún comercio puede florecer aquí completamente. Me han referido que hace algunos años un comerciante francés fué á cierta distancia de Ada-Bazar á vigilar la explotación de sus nogales, y fué

asesinado en su misma tienda, con muchos de sus empleados.

El traje de las mujeres griegas y armenias de Ada-Bazar se compone de anchos pantalones y justillos de color muy vivo, azul, rojo ó pajizo. El adorno de su cabeza es un fez rojo rodeado por un pañuelo á manera de turbante. Sus cabellos, generalmente negros y hermosos, caen por la espalda en finas y numerosas trenzas adornadas algunas veces de vistosas conchas. Algunas llevan en el cuello y en la frente adornos de oro, pues las alhajas de las mujeres son como una caja de ahorros en los pueblos primitivos.

Después de una comida en que la familia de nuestro huésped habia puesto todo su esmero, tendieron en el suelo unos colchones con sus cobertores, y muy luego sucede el reposo á la agitación que nuestra venida ha traído á esta casa hospitalaria.

El día siguiente, 27 de Setiembre, estamos de nuevo en marcha. Son las seis y media de la mañana cuando salimos de Ada-Bazar. Los caballos son buenos, los surudjies y los zapties demues-

tran gran actividad y caminamos más aprisa que la víspera.

Dejando atrás á Ada-Bazar, atravesamos alternativamente secos páramos y húmedas llanuras; despues un terreno cubierto de añosos pero bellos nogales que sombrean espontáneos pastos y tierras cultivadas; luego distinguimos, esparcidas entre grupos de árboles, en la márgen de un pintoresco arroyuelo, las casas de una aldea, en cuyo aspecto hay cierta cosa que recuerda la Normandía. Los zapfíes que nos escoltan la dan el nombre de Kiré-Keni.

Desgraciadamente este paisaje, que dirige un instante nuestro pensamiento hácia comarcas donde el hombre sabe imponer á la naturaleza una fisonomía á su gusto, desaparece muy pronto tras los accidentes del terreno.

Una garganta profunda se abre luego delante de nosotros, y muy pronto distinguimos el Sangario (*Sakaria*), cuyas aguas se precipitan tumultuosamente, encauzadas entre dos escarpadas márgenes. Corre por este lugar de las montañas, donde parece haberse abierto violentamente paso

por entre las dos cadenas del Karmal-y-Dagh y del Gok-Dagh.

Estas, del mismo modo que la mayor parte de los terrenos que se encuentran alrededor de Ni-comedia y Sabandja, superan el nivel de los aluviones y se componen de masas de asperon rojo. Las arenas de que el Sangario se carga al pasar tiñen sus aguas de un color purpúreo sangriento. ¿Tendrá esta circunstancia algo de comun con el nombre que lleva el rio?

Descendemos hasta la misma orilla del agua y penetramos en un vallecito dominado por todas partes de cimas escarpadas. Estas alturas están completamente cubiertas de bosques, donde los pinos se mezclan con olorosos arbustos. Es un sitio sumamente pintoresco.

La senda que seguimos está cortada con más frecuencia de la conveniente como una cornisa por el lado de la roca y suspendida sobre el rio. Con gran trabajo pueden marchar por ella dos ginetes de frente, y hé aquí que una caravana viene á nuestro encuentro. No hay más remedio que retroceder hasta hallar un punto menos estrecho,

y así lo hacemos, esperando allí que con su paso indolente y perezoso desfilen cien camellos, que llevan á Constantinopla los productos de Angora y de Bagdad.

Después de una hora de penosa marcha, el valle se ensancha un poco y llegamos á un puente, en cuya entrada se halla un vasto parador, donde echamos pié á tierra para el descanso del mediodía. Este puente, conocido con el nombre de Kemer-Kuprú, es una bella obra de la época otomana, aunque carece, sin embargo, de la magnífica amplitud del de Sophon.

El sultan Bayaceto I, vencedor de Europa en Nicópolis y vencido por las hordas mongólicas en Ancira, mandó construir este puente en los últimos años del siglo VI, cuando habia pasado ya el tiempo en que se podia atravesar en carro toda el Asia Menor. Así, pues, el puente de Kemer-Kuprú, destinado solamente á los ginetes, ofrece un paso estrecho y anguloso. Está sostenido por quince arcos de desigual abertura y de forma ojival. Dos de estos arcos, rotos sin duda alguna por el sacudimiento de algun terremoto, están

reemplazados por sostenes de madera harto inhábilmente colocados, y que no dejan de ofrecer peligro al viajero. Es triste cosa que lo que la Edad-Media pudo edificar, no puede siquiera repararlo el siglo presente en Turquía.

Un pequeño monumento construido sobre un terraplen á los dos tercios de la longitud del puente conserva una inscripcion en honor de Bayaceto. He visto varios conductores de caravana detenerse al pasar y prosternarse orando. Otros estaban ocupados á la orilla del rio en sus deberes religiosos entre sus camellos acostados en una pradera.

El parador donde nuestras cabalgaduras habian sido introducidas, es un modelo curiosísimo en su género. Ofrece en su interior una extensa cuadra cuya longitud pasa de cuarenta metros con una anchura de quince, la cual esta rodeada de dornajos ó pesebres en que los camellos comen su racion con su lentitud característica. Por detrás, y á la altura de los pesebres, hay un corredor que separa una baranda, sobre el que se abren de trecho en trecho una especie de nichos de la

dimension de pequeños dormitorios, provistos en uno de sus ángulos de una chimenea: en estos nichos, alcobas, ó como se los quiera llamar, se instalan los camelleros para preparar su comida y dormir.

CAPITULO III.

Ak-Serai.—Una comida turca.—Danza á la luz de las antorchas.—De Ak-Serai á Nicea.—Mausoleo de Badjikení.

A las dos continuamos nuestra interrumpida marcha: el rio se separa de las montañas, y el suelo del valle, que en este lugar tiene cuando menos una legua de anchura, parece bastante fértil y está relativamente bien cultivado. Atravesamos hermosos campos plantados de algodón, viñas y moreras.

A nuestra izquierda y sobre la otra margen del rio se vé la pequeña ciudad de Gheirch, que segun algunos creen es la antigua *Tottæum*, y que desde Nicomedia á Bursa tiene hoy celebri-

dad por la excelencia de sus melones y de sus frutas.

Al fin, á las cuatro de la tarde los zaptíes de nuestra escolta nos indican una aldea á la que su color sombrío y la miséria que indican las tápias de barro de sus casas dan un aspecto siniestro. Llámasele, sin embargo, *Castillo Blanco*, en lengua turca Ak-Serai, ó Ak-Sara, ó Ak-Hissar, porque en Turquía no hay un solo nombre que no tenga diversas formas.

Esperamos en el pátio de un khan medio arruinado que nuestros escoltantes hayan puesto en conocimiento de las autoridades la noticia de nuestra llegada. Muy luego los zaptíes y los dependientes del mudir vienen por nosotros y nos conducen al konak, que es un viejo edificio de madera, lleno por otra parte de originalidad, el cual se alza en el centro de una plaza irregular. Una gran galería al lado de Oriente ocupa una parte del primer piso y sirve de vestibulo á la pieza principal. Largas barbas y grandes turbantes se dejan ver por encima de la balaustrada: son los notables de la población, miembros del

consejo, que nos esperan y examinan con suma curiosidad. Los criados bullen y se apresuran en torno de nosotros para tomar las riendas de los caballos y descargar los bagajes. Entre los más activos observamos un negro cuyo pié derecho tiene una cadena que por el otro extremo se sujeta al cuello: preguntamos el significado de aquella librea de nuevo género y se satisface nuestra curiosidad diciéndonos que designa á un ladron. A lo menos, así sabe uno á que atenerse.

Pero ya estamos en la sala del Consejo: un anciano de rostro venerable y de maneras distinguidas se adelanta hácia nosotros y nos invita cortesmente á tomar asiento en el divan. Este buen viejo es uno de los notables, que reemplaza al mu-
dir durante su ausencia, pues éste habia ido á Nicomedia, como todos los de la provincia, llamados por la autoridad superior. Luego saca nuestro firman de la bolsa de tela bordada en que está cuidadosamente guardado, y despues de haberlo puesto en contacto de su frente, en señal de gran respeto, lo lee solemnemente á los circunstantes. Por fin, nos presentan el tchibuk y el café, y en

esta ocasion podemos examinar con todo detenimiento el *selamlik* del konak de Ak-Serai. El *selamlik*, en las casas turcas, es el aposento de los hombres, separado del de las mujeres, que se llama *harem*.

La decoracion de esta pieza data lo menos de un siglo, y para demostrarlo basta decir que el sentimiento del arte ha presidido á ella.

Nosotros tenemos sobre nuestros antepasados innumerables ventajas; pero hay, en cambio, que confesar que ellos nos aventajaban en gusto. Tanto sus habitaciones como sus trajes llevaban siempre el sello de una inspiracion poética que, segun parece, no ha sobrevivido á su tiempo. Es un hecho universal, cuyos resultados se encuentran en todas partes, lo mismo en China que en Turquía, lo mismo en Asia que en Europa. Pero entre nosotros hay á lo menos el espíritu de imitacion, el gusto de copiar los modelos que nos legaron nuestros antepasados, al paso que en las orillas del Bósforo no tienen ni eso todavía: así es que allí dominan aún las modas francesas de hace cincuenta años. Una cómoda de nogal y flo-

res contrahechas en vasos de alabastro vienen todos los días á reemplazar en las casas elegantes de Constantinopla á los antiguos muebles nacionales. ¿Se querrá creer que el árbol que es ahora allí de última moda es la acacia verde, ese vegetal achaparrado parroquiano de los figones y tabernas de nuestros arrabales? Pues no se llega al serrallo sinó por una alameda de acacias verdes: los cipreses, los sicomoros y las palmeras de los antiguos sultanes parece que se lamentan de este menosprecio injustificado allá en lo alto de las nubes, donde majestuosamente se mecen sus copas.

Debemos confesar, sin embargo, que nosotros gozamos completamente el placer de hallar en una pobre aldea, en medio de estas humildes casas de tápias de tierra, una morada casi confortable, donde todos los objetos están dispuestos de una manera armoniosa, pintoresca y verdaderamente característica.

Un baul de grandes dimensiones, decorado de paisajes y arabescos, ocupa el fondo de la sala, y es un objeto de lujo que rara vez encontramos

en esta parte de Turquía. Una caja sólidamente herrada está colocada en el suelo junto al divan y enfrente del dueño de la casa; esta caja es comúnmente el único mueble que adorna el selamlik. En ella se guarda el dinero y se encierran los papeles importantes: los de menos interés tienen su lugar debajo de los almohadones del divan.

Entre nosotros los archivos de una alcaldía de barrio ocuparían mucho más espacio; pero la administración turca tiene sobre la nuestra la ventaja de que no es tan papelera. Muchas veces sucedía que, cuando al llegar la hora de acostarnos tomábamos aquellas almohadas para hacer con ellas nuestros lechos, dejábamos en descubierta una porción de misivas, órdenes y circulares, á las cuales volvíamos cuidadosamente su protector abrigo luego que nos levantábamos.

El personal que guarnecía la sala del konak nos ofrecía á la vez un espectáculo sobremanera interesante y que llamaba mucho nuestra atención. El *cadí* y el *iman*, miembros del medjlis, sentados en el divan delante de nosotros, con las

piernas cruzadas, ocultas entre las severas plegaduras de sus amplios ropajes, inmóviles, silenciosos y lanzando al espacio el húmo de sus tchibuk de largos tubos. Los zaptíes, formados á la parte de allá de una balaustrada en los bajos de la casa, dispuestos á obedecer á la más leve señal de sus superiores, y algunos de ellos ayudando al servicio bajo la direccion del intendente, el cual se distingue por su jubon azul de cielo y sus zaragüelles blancos: esta visto que los tales zaptíes son unos gendarmes tan hábiles para servir el café y la pipa en casa del mudír como para manejar valientemente el yatagan en campo raso. Nosotros nos creímos trasportados á siglos anteriores y en alguno de esos castillos feudales que nos describen los romanos.

Pero un gran ruido de voces que viene del exterior nos hace asomarnos á las ventanas. El sol acaba de ponerse, y el horizonte, admirablemente cortado, nos muestra montañas de zafiro engastadas en un cielo de rubí. ¡Magnífico golpe de vista! La muchedumbre se apiña en la plaza que nosotros dominamós: antorchas súbitamente

encendidas la inundan de purpúreos resplandores, y algunos jóvenes, graciosamente vestidos con las *alméas*, bailan danzas características al son del tamboril y de la flauta.

Esta improvisada fiesta nos entretiene muy agradablemente hasta que llega la hora de la comida. Sobre el tapiz de la sala, y de distancia en distancia, hay colocados unos platillos ó redondeles de cuero labrado, guarnecidos de clavos dorados, que reciben unas luminarias muy parecidas en su forma á los candeleros de nuestras catedrales: una pequeña trípode aparece dispuesta en un extremo de la sala; sobre ella se coloca un tablero, constituyendo una mesa, alrededor de la cual nos sentamos. Los criados, ayudados por los *zaptíes*, ponen allí uno á uno los diversos artículos que deben componer nuestra comida, la cual es una sucesion de manjares alternativamente dulces y salados, calientes y frios. El *kebab*, carnero asado en pedazos muy pequeños; el *dolmas*, especie de albondiguillas envueltas en frescas hojas de parra; el *beurek*, torta hojaldrada de diversas formas; el *keimak*, que no es otra cosa que

crema cocida; el *yaurt*, leche cuajada que se sirve ordinariamente cubriendo la cara ó superficie de cierto guiso de carne, y por último, el *pilav*, arroz con grasa, manjar nacional de los turcos, que se reserva para el fin de la comida, sirviéndolo á manera de postres. El reino vegetal está representado por las berengenas y melones, de un tamaño enorme; el *cavun* de carne blanca, fruta muy sabrosa, y el *carpuz* de carne roja, que no es menos succulento.

El servicio es de los menos complicados: nada de platos ni tenedores; cada uno va tomando de una misma fuente el líquido con una cucharilla de boj, y la carne y la pastelería con los dedos. Cuando el amo de la casa ve un buen pedazo con que obsequiar á sus comensales, lo agarra sin escrúpulos y lo ofrece del modo más gracioso del mundo á quien le parece más conveniente, recibiendo el obsequiado de su mano y correspondiendo con mil zalemas á tan cortés aunque no muy curioso obsequio.

Nada de botellas; el Koram prohíbe el uso del vino: ni siquiera garrafas ni vasos sobre la

mesa. Hay un turco, especie de gentil-hombre de boca, ó sea copero, como mejor queramos, que permanece de pié al lado de los comensales con una copa de agua que cubre cuidadosamente con la mano para garantirla del polvo ó de cualquiera otra suciedad: el que tiene necesidad de beber hace una señal, y el turco le presenta esta copa, que otro criado vuelve á llenar inmediatamente. Un zaptí alumbra con una antorcha.

Acabada la comida, el intendente ó jefe de la servidumbre circula entre todos con una palangana de metal en que hay una bola de jabon duro como el mármol, y va alternativamente derramando un poco de agua en los dedos de cada uno.

Los respetables miembros del medjlis, incluso el que nos ha hecho con tanta finura los honores del konak, se retiran sucesivamente para llegar á buena hora á sus harems.

Habiendo llegado el instante de entregarnos al reposo, estienden en el suelo un colchon con su cobertor para cada uno de nosotros, y se retira la servidumbre. Hé aquí de qué manera el selamlik

del *konak* cambia sucesivamente de destino, siendo, según los casos, pretorio, sala, comedor, y por último, dormitorio. Esta combinación económica no tiene nada de particular, pues está en armonía, hay que confesarlo, con las indolentes costumbres de los turcos. A unos hombres que tanto odian el movimiento debe parecerles muy bien eso de ver surgir como por encanto en el mismo sitio todo lo que está apropiado á las necesidades del día, sin tener que tomarse la molestia de ir, como nosotros, á buscarlo á diferentes aposentos de la casa.

Los días sucesivos son repeticiones de los anteriores, salvo alguna ligerísima circunstancia, por consiguiente, no hay para que insistir en estos detalles.

El 28 de Setiembre, á las siete de la mañana, nos despedimos de aquellos amables funcionarios y abandonamos el gracioso *konak* de Ak-Serai.

Se nos había hablado la víspera en términos muy calorosos de los antiguos vestigios que se observan á la derecha del camino que seguimos, no muy lejos de Ak-Serai. En efecto, al cabo de

poco más de hora y media de marcha, al través de unos campos más ó menos cultivados, los zaptíes que nos escoltan nos conducen á la aldea de Badji-Keni, en cuyas cercanías, y entre unas ruinas de antiguas murallas, vemos un buen mausoleo de unos tres metros de elevacion, construido con enormes moles de piedra calcarea y perteneciente en mi concepto á la época del Bajo-Imperio. En el costado que mira hácia el Sangario, hay grabada una inscripcion griega, que puede traducirse así:

«...ha erigido este monumento tal como es,
y asimismo las construcciones que lo rodean
para que sean inalienables.»

La parte del arquitrave en que estaba la primera palabra, el nombre del fundador sin duda alguna, se ha roto y desaparecido.

Este monumento no habia sido aún notado, que yo sepa.

Nos despedimos del pintoresco valle del Sangario, y enseguida comenzamos á trepar por una

cuesta sobremanera pendiente y quebrada. Al entrar en ella, los zaptíes arman sus fusiles y nos advierten la necesidad de estar con vigilancia.

—Este paso tiene ahora muy mala reputacion, —nos dicen;—cuatro de nuestros camaradas, que escoltaban un correo, fueron aquí atacados hace seis semanas próximamente, y dos de ellos perecieron en la refriega. Tambien por el mismo tiempo un francés, atraído á esta comarca por el comercio de la seda, viajando solo con su criado, fué asesinado cerca de aquí, entre Nicea y Karamura.

La verdad es, hay que confesarlo, que pocos parajes habrá tan á propósito para un golpe de mano.

A pesar de estos malos anuncios, llegamos sin experimentar el menor contratiempo á la espaciosa meseta que separa el valle del Sangario del que baña el lago Ascanio. Una cuesta de pendiente muy suave nos conduce por medio de un paisaje sombreado por grandes árboles. Algunas tierras cultivadas nos revelan la proximidad de una poblacion: es la antigua Nicea. Un bosque de

árboles gigantescos la oculta completamente á nuestra vista; no la anuncia el más pequeño rumor y nos encontramos al pié de sus antiguos y venerables muros antes de haber podido prepararnos á una aparicion que debe impresionarnos profundamente.

Pocas ruinas hay en el Asia Menor cuya vista pueda afectar la imaginacion del viajero más que las de Nicea. Por lo general, los que han tenido ocasion de verlas no las han celebrado todo los que merecen ni han dedicado á su estudio la atencion y el interes de que son dignas por su belleza y por su importancia histórica.

Si el arqueólogo puede encontrar allí monumentos que le admiren bajo el punto de vista arquitectónico, rara vez podia hallar el artista restos de tan grande importancia detro de un paisaje tan encantador, y en ninguna parte seguramente sentirá el poeta impresiones más sublimes y melancólicas. Bien podriamos, con el lapiz en la mano, pasar en Nicea semanas deliciosas.

Las circunstancias, que nos obligan á precipitar nuestra marcha, no nos permiten saborear

estas bellezas con la detencion y el reposo que deseamos:

Sin embargo, hemos permanecido aquí dos dias, aprovechando este breve tiempo para recoger una gran cosecha de preciosos é imperecederos recuerdos.

CAPITULO VI.

Nicea.—El concilio.—Las cruzadas.—Situación actual.—De
Nicea á Yeni-Scheber.

Construida por el célebre Antígono pocos años después de la muerte de Alejandro Magno, era natural que Nicea ofreciese al observador algunos indicios del clásico arte griego; pero desgraciadamente la acción natural del tiempo, los terremotos, las sucesivas invasiones de los scitas y otros bárbaros, y las asolaciones causadas por continuas guerras y por numerosos siglos, han destruido por completo sus monumentos primitivos. Para encontrar algunos vestigios de ellos, menester es rebuscar los fragmentos incrustados en los edificios de épocas más modernas, especialmente en

los muros del recinto, para los cuales han suministrado abundantes materiales aquellas preciosas ruinas. Aquí una caña de colmena forma el dintel de una portada; allí un chapitel corintio queda en descubierto por un hundimiento casual: más lejos, lienzos enteros de muralla aparecen revestidos de piedras tumularias ó hechas completamente de fragmentos de pilastras y arquitec-trabes.

Roma, y más tarde Bizancio cubrieron con una nueva capa de rotos monumentos el suelo conquistado del Asia Menor. El teatro de Nicea es contemporáneo de Plinio el Joven, quien en sus cartas al emperador Trajano le da extensos pormenores sobre la construcción de este suntuoso edificio. En el día es una masa confusa de bóvedas, de gradas, de gruesas piedras labradas, entre las cuales se hace lugar una vegetación poderosa. Está situado en un punto culminante, desde donde se dominan perfectamente el lugar y una gran parte de las ruinas.

Dos de sus puertas principales, las llamadas de Stambul y de Lefké, están acompañadas de

hermosos arcos triunfales de mármol blanco, erigidos en tiempo del emperador Adriano. Los trabajos de defensa de que fueron rodeados en las guerras de la Edad Media, unidos á la elevacion del terreno, perjudican en gran manera á la belleza de sus proporciones.

La época bizantina está representada en Nicea por monumentos más numerosos. Hablaremos desde luego de las murallas, tan curiosas relativamente al arte de las fortificaciones como interesantes por el recuerdo de las grandes luchas de que fueron testigos.

Existen en casi todo su perímetro y presentan un desenvolvimiento total de cuatro mil metros. Su construccion primitiva debe remontarse, segun mis cálculos, al siglo IV; pero en los tiempos posteriores han sufrido aumentos y modificaciones diversas, de que son prueba muchas inscripciones. Estan compuestas de un recinto doble, el *micnium* y el *agger*, éste más elevado que el otro, y en todo el circuito se hallan flanqueadas por doscientas ochenta y tres torres, redondas la mayor parte de ellas y cuadradas las demás.

La masa de construcción que constituye estas murallas deja ver un revestimiento de ladrillos dispuestos horizontalmente ó diversamente inclinados, alternando en algunas partes con hileras de piedras labradas para dibujar un raro y bonito mosaico. Las almenas que las coronaban en otro tiempo han desaparecido casi completamente.

Los únicos monumentos de que el Bajo Imperio dotó á Nicea fueron muchas iglesias. Una de ellas, que en la actualidad sirve de catedral á los cristianos de la secta griega, parece datar del siglo XII y está decorada de hermosas é interesantes pinturas; otra, la llamada Aghia-Sophia, ha perdido completamente su cúpula y sus bóvedas; pero en su ruinoso estado aún ofrece un aspecto imponente y deja ver algunos restos de mosaico al través del frondoso ramaje de las higueras que la han invadido.

Algunos autores, no sabemos con qué fundamento, han tratado de colocar aquí el lugar donde se sentaron los padres del primer concilio: esta suposición podría ser verosímil si se tratase

del segundo concilio celebrado en Nicea en 788; pero se sabe que la primera de estas famosas asambleas tuvo sus sesiones en el palacio del emperador Constantino, del cual no existe ya el más pequeño vestigio. Por otra parte, y esta es la razón más poderosa, la iglesia Aghia-Sophia ofrece aún caracteres arquitectónicos que no permiten llevar su origen mas allá del siglo VI, como lo ha probado perfectamente el sabio arqueólogo y orientalista M. Fexier: así, pues, su construcción solo puede atribuirse á Justiniano.

Por su parte, los sultanes no han tenido menor cuidado que los romanos y los bizantinos en decorar á Nicea. Los seljucidas de Iconio introdujeron en esta ciudad aquel gracioso estilo, mezcla tan extraña como bella de elementos indios, pérsicos y jónicos, que se llama vulgarmente estilo árabe. Los primeros príncipes de la ilustre familia de Osman tuvieron el buen acuerdo de respetar sus tradiciones, y créese ver un reflejo de Bagdad ó de Damasco cuando, despues de haber pasado la puerta de Lefké, aparece repentinamente, destacándose sobre el puro azul de los

cielos y brillando por encima de las sombrías masas que presentan las otras ruinas, el minarete de loza esmaltada de la *Yechil-Djami* (Mezquita verde) donde los más vivos matices, rojos, verdes, azules y dorados, rivalizan en esplendor y frescura.

Esta mezquita es, en toda la extensión de la palabra, una verdadera joya: las preciosas balaustradas que forman el pórtico y los bellísimos arabescos grabados en el mármol blanco de la fachada pueden sostener perfectamente la comparación con las más graciosas creaciones del genio artístico de los árabes españoles, y es en verdad una gran lástima que tan magnífico monumento haya caído en el estado de abandono en que hoy se encuentra.

La *Yechil-Djami* está aún, sin embargo, consagrada al culto: depende de un *medressé* (escuela religiosa) donde habitan una docena de *softas* (estudiantes). Estos pobres jóvenes ocupan una serie de celdas de muy pequeñas dimensiones, situadas en rededor de un extenso y bello jardín, cuyo cuarto lado es la mezquita, y en ellas se dedican

al estudio del Koram con todas las apariencias de una profundísima melancolía.

A poca distancia de la mezquita verde se encuentran las ruinas de un vasto y bello edificio coronado de numerosas cúpulas y construido de piedra sillería y ladrillo: era una casa de baños.

Sabido es por todo el mundo que los musulmanes dan una importancia grandísima á los establecimientos de este género, en la construcción de los cuales emplean con mucha frecuencia un lujo que nunca creen demasiado. Una bella inscripción colocada en el fondo del pórtico que precede á estos baños, nombra á su fundadora la princesa Nilufer, hija del sultan Amurat, hijo de Orkan; su fecha es del año 790 de la egira, que corresponde al 1388 de nuestra era.

También la Yechil-Djami tiene grabado en su fachada el nombre de su fundador, nombre por cierto muy célebre en la historia: es el famoso visir Khayr-Eddin, el vencedor de Salónica: la fecha de la construcción es anterior en diez años á la de los baños.

En medio de estas venerables ruinas de edificios paganos, cristianos y musulmanes, en que abundan los más extraños contrastes, surgen todavía las arcadas ojivales, las balaustradas y los minaretes de alguna mezquita ó de algun *imaret*, hospicio, y más bien cocina pública, donde se distribuyen raciones á los estudiantes y á los mendigos. Engolfarse en su descripción es exponerse á caer en repeticiones enojosas; pero esta riqueza de detalles constituye verdaderamente la grandeza de conjunto del gran cuadro que presentan las magnificas ruinas que posee Nicea. Despues de haberlas contemplado se siente la necesidad de conocer todo lo que los historiadores de las diversas épocas han escrito sobre esta ilustre ciudad.

Sus grandezas y sus infortunios antes del siglo IX no la distinguen de tantas otras ciudades, cuyos príncipes, hechos de los generales de Alejandro, se disputaron por tanto tiempo su posesion, y que las armas vencedoras de los romanos les arrebataron despues, inaugurando para ellas, como para todos los municipios dependientes de

la opulenta reina del Tiber, una era de prosperidad y de ventura que no tiene igual en la historia.

Nicea llegó á sobresalir entre todas las ciudades de Oriente cuando el emperador Constantino, queriendo poner término á la profundísima excision que se habia producido en el seno de la iglesia cristiana y del imperio, á consecuencia de la heregia de Arrio, la designa á todos los obispos de la tierra habitable, segun la expresion de su historiador Eusebio, para celebrar en ella las primeras grandes juntas de la cristiandad.

El emperador proveyó con régia munificencia á los gastos de viaje de todos los prelados, poniendo á su disposicion carruajes y acémilas para ellos, sus acompañantes y sus equipajes.

A mediados de Junio del año 325 de nuestra era, más de trescientos obispos se habian reunido en Nicea. Allí se encontraban aquellos esforzados confesores, restos de las santas falanjes que habian arrostrado el martirio y las persecuciones, y cuyos nombres gloriosos eran pronunciados con cariñoso respeto desde el uno al otro confin del

imperio. Sus colegas y el pueblo todo se apresuraban á salir á su encuentro, llenos de emoción, para saludar á aquellos adalides del cristianismo. Al lado de ellos, una generacion de sabios doctores llevó al concilio las luces de las sagradas letras. El obispo Osio de Córdoba, delegado del papa Silvestre, y el gran Anastasio, brillaron allí en primera línea.

El emperador llegó á Nicea á principios del mes de Julio, y al dia siguiente presidió la primera sesion del concilio, vestido de púrpura resplandeciente de pedrería y sentado en una magnífica silla de oro.

Su historiador Eusebio, obispo de Nicomedia, fué encargado de complimentarlo en nombre de aquella cristiana asamblea y nos conservó el discurso que pronunció el emperador. Hélo aquí:

«Cuando, gracias al concurso y por la voluntad del Todopoderoso, hube triunfado de mis enemigos, me rogocijaba creyendo que ya no me quedaba otra cosa que hacer más que alabar á Dios y ensalzarle con aquellos que habia libertado por

mi mano. Pero así que he tenido conocimiento de la profunda division que ha ocurrido entre vosotros, he juzgado que es un negocio de tal urgencia é importancia que no debe aplazarse un solo dia; y deseando traer tambien remedio á este nuevo mal, resolví, como lo he hecho, convocaros á todos sin tardanza. ¡Gran júbilo es para mí asistir á vuestra reunion!... ¡No tardeis, oh amigos míos, oh ministros de Dios, oh servidores de un Señor y Salvador comun, no tardeis en hacer desaparecer con vuestras decisiones toda raiz de discordia!»

Arrio, el iniciador del cisma, fué oido muchas veces durante el curso de las conferencias, que duraron seis semanas y dieron por resultado una declaracion solemne, que firmaron todos los obispos, excepto dos, y cuyos términos, resumidos en una sencilla fórmula y completados el siglo siguiente por el concilio de Constantinopla, constituyen el símbolo que desde entonces hace parte de los cantos del oficio divino.

Antes de que el concilio diera por terminadas sus tareas, arreglaron aun los Santos Padres

en veinte cánones diversos algunos puntos de fe y de disciplina, entre otros, la fijacion del dia en que debia celebrarse la fiesta de las Pascuas.

Quiso Constantino que la disolucion de aquel célebre concilio coincidiese con la celebracion del vigésimo aniversario de su advenimiento al trono imperial, y al efecto invitó á todos los obispos á una gran comida, durante la cual se le vió muchas veces levantarse para ir á besar las santas cicatrices de los confesores, dando en esta ocasion fiestas tan espléndidas, que, al decir del obispo Eusebio, tenían más de ideal que de realidad.

Pasados cuatro siglos, Nicea recibió aún dentro de sus venerandos muros trescientos sesenta y siete obispos, la mayor parte de la Iglesia de Oriente, y los legados del papa Adriano, para arreglar una diferencia que no habia agitado menos al mundo que las disensiones suscitadas por la heregía de Arrio. Este concilio, el VII ecuménico, definió la doctrina de la Iglesia relativamente al culto de las imágenes.

Pero á estos recuerdos de grandeza esencialmente pacífica viene pronto á mezclarse el tre-

mendo estrépito de las luchas más terribles. Las primeras son las invasiones de los califas árabes, cuyos potentes esfuerzos se quebrantan contra sus muros de diamante; despues la victoriosa agresion de los turcos seljucidas, que se le arrebataron á los débiles emperadores de Bizancio para hacer de ella la plaza de armas desde donde extienden sus conquistas hasta las costas de la Propóntide.

En breve van á aparecer los guerreros de Occidente; pueblos enteros se conmueven y se levantan para marchar á la conquista del sepulcro del Cristo y secar en su origen el invasor torrente del islamismo. Sesenta años antes que la guerra santa sea predicada, uno de los ilustres barones de Francia, el célebre duque de Normandía Roberto el Diablo, quiere coronar su agitada existencia por la peregrinación á Jerusalem. Vuelve á través del Asia Menor y halla en Nicea una muerte rodeada de circunstancias misteriosas.

Las primeras cruzadas, informes cuerpos de milicia que conducen Pedro el Ermitaño y Gauthier Sans-Avoir, vienen en 1096 y en número de

trescientos mil á desembarcar en Gueuslek, la antigua *Cius*, que los historiadores contemporáneos llaman *Civitot*. Es el punto con que el lago Ascarnio descarga en el mar el gran caudal de sus aguas. Los cruzados avanzan hácia Nicea; el sultan los encuentra en la orilla derecha del lago, cerca del pueblo moderno de Barzardjyk, y hace en ellos una horrible carnicería.

El grande ejército de los cruzados, mandado por Godofredo de Bouillon, Bohemundo, príncipe de Tarento y su sobrino Tancredo, el duque de Normandía, los condes de Vermandois, de Flandes, de Blois y de Tolosa, quinientos mil peones y cien mil ginetes, pertenecientes á diez y nueve naciones y lenguas diferentes, llegan á la vista de Nicea en el siguiente año de 1097.

Ni un enemigo habia encontrado este ejército desde las cercanías de Nicomedia. Siguiendo la línea de la costa, salvando luego la cadena del Arganthou (Katerli-Dagh), atraviesa con gran trabajo un país que era, segun dice el cronista Roberto el Monje, «enteramente impracticable por los obstáculos que presentaban las cimas de las mon-

tañas y las honduras de los valles.» Un cuerpo de cuatro mil hombres escogidos, armados de hachas, habia precedido al ejército para franquearle un paso que iba marcando con cruces colocadas de trecho en trecho.

Principiaba el mes de Mayo cuando las cruzadas sentaron sus reales en el hermoso valle en que está situada Nicea. La primera, aunque no la menos terrible de las luchas que sellaron esta heroica expedicion, se iba á empeñar muy pronto.

No lejos de allí, bajo los ilustres muros de Troya, no se habian consumado tantas hazañas como delante de Nicea en las siete semanas que duró el cerco.

Con pesar resisto, confiésolo ingénuamente, al ardiente deseo de trascribir aquí las relaciones que nos han dejado los historiadores de aquella época, Alberto de Aix, Guiberto de Nogent, Roberto el Monge, Guillermo de Tiro. Cuando se visita á Nicea ó se trasporta uno á ella con la imaginacion, es menester verla á través de su prisma de recuerdos y reproducir en cada uno de los puntos de su territorio las famosas escenas y los he-

chos portentosos con tanta verdad relatados por nuestros antiguos analistas.

Aquí, el sangriento combate que el feroz sultán Soliman-Kilig-Arztan, salido de los desfiladeros del Olimpo, desde cuyas posiciones espiaba los movimientos del ejército sitiador, dió al valeroso conde de Tolosa en el momento en que instalaba sus tiendas frente á la puerta del Mediodía, le costó cuatro mil musulmanes muertos, heridos y prisioneros, teniendo que volver en gran desorden á guarecerse en las montañas.

El más caballeresco de los cruzados, el célebre Tancredo, cuya verdadera fisonomía ha desnaturalizado el cantor de la *Jerusalem libertada*, hizo en esta jornada prodigios de valor.

Allí, Godofredo de Bouillen, avanzando él solo con valentía temeraria hasta el pié de las murallas, cogió una honda, y como otro David, dió la muerte á un sarraceno de colosal estatura que desde lo alto del muro insultaba á los sitiadores. Por todas partes ballestas, torres armadas batiendo de cerca, quebrantando y conmoviendo las murallas, que se refuerzan al punto; llevando á la

altura de las almenas intrépidos combatientes, que caen con frecuencia abrasados por materias inflamables ó aplastados bajo el peso de los enormes peñascos que los soldados de Soliman hacen llover sobre ellos sin descanso. Y así hasta el día en que un ingenioso caballero lombardo construyó un abrigo capaz de resistir á todas las hostilidades, y minando el muro por su base, practicó una brecha que quitó á los sitiados toda esperanza de resistir por más tiempo.

A la vez los cruzados, gracias á esfuerzos verdaderamente sobrehumanos y que solo se comprenden conociendo el entusiasmo de aquellos campeones legendarios, hacen en una noche salvar por tierra el espacio de muchas millas á grandes bareas construidas con todo intento, que transportan desde el puerto de Civitot hasta el lago de Nicea. A la mañana siguiente los habitantes de la ciudad se ven con indecible sorpresa bloqueados por esta improvisada flotilla del lado en que sus comunicaciones exteriores habian quedado libres hasta entonces, y la princesa, mujer de Soliman, huyendo en una canoa, cae en manos de

sus enemigos. No tienen ya los sitiados más recurso que capitular. Pero entonces, como se ha visto más de una vez en la historia, lo que el valor supo conquistar, la astucia lo atrae á su provecho.

El emperador de Constantinopla, Alejo, habia enviado un pequeño destacamento de griegos auxiliares á Godofredo de Bouillon, menos sin duda por favorecer los nobles intentos de los cruzados que por servir su propia política.

Esta pequeña tropa iba á las órdenes de un jefe llamado Butumités por los griegos, y que los historiadores contemporáneos de las cruzadas nombran Tatin, el cual penetró secretamente en la plaza y se las compuso de tan buena manera que pudo persuadir á sus habitantes de que el emperador Alejo seria para ellos un amo más clemente que el jefe de los cruzados: Estos no pudieron ver sin indignacion el estandarte de Bizancio flotando sobre los muros de Nicea; pero se encontraban ligados por juramentos imprudentes, y por otra parte, sentian el deseo de emprender otras conquistas. Levantaron, pues, el campo el

25 de Junio, y abandonando las cercanías de Nicea se pusieron en marcha hácia el Mediodía. Cinco días despues, segun sus deseos, debian hallar en el valle de Thymbris una nueva ocasion de combatir y triunfar.

Nicea cambió aún de señores más de una vez. Desde el año de 1106 los sultanes seljucidas habian vuelto á entrar en ella, y al terminarse el siglo XII, despues de un sitio tenaz, cuyo fin fué señalado por crueldades horrorosas, los emperadores de Bizancio se apoderaron otra vez de ella, tomándola por capital, en tanto que los latinos ocupaban á Constantinopla. Teodoro Lascaris fué allí coronado como emperador en 1203.

Por último, en el siglo siguiente (año de 1330) á consecuencia de un largo sitio y obligados por el hambre, los habitantes de Nicea abrieron otra vez las puertas de su ciudad al sultan Orkan, y desde aquella época no se les ha disputado ya sus posesiones á los osmanlies.

Nicea es actualmente una pequeña ciudad que puede contener unos dos mil habitantes, cristianos en gran parte.

Vergeles y jardines, si puede darse este nombre á los espacios cercados llenos de grandes yerbas y espesos matorrales, entre los cuales descuellan algunos frondosos árboles frutales, como manzanos, naranjos y granados, adornan las cercanías de las murallas al Este y al Norte.

Por este lado unos antiquísimos acueductos traen de las cercanas montañas buenas y abundantes aguas; pero una gran parte de ellas se pierde sin duda en el trayecto, á causa del mal estado de la obra, y por falta de fosos de aprovechamiento empapan la tierra, que en este punto ha llegado á constituirse en un pantano. Este contribuye en gran manera á hacer de Nicea una de las ciudades del Asia Menor donde las calenturas son más constantes.

No hay, sin embargo, que acusar de esta falta únicamente á la administración actual: en la antigüedad la insalubridad de sus aires habia sido ya notada.

El lago de Nicea, llamado también lago Ascánico, ofrece al viajero muy hermosas perspectivas; pero los habitantes de sus orillas no sacan de

él ningun partido, ni para los trasportes, ni para la pesca, que ciertamente abunda en sus aguas. En él no se ve barco alguno, ni siquiera una miserable canoa. Si este pueblo conoce alguna vez tiempos mejores, la canalizacion del riachuelo que hace comunicar con el mar el lago de Nicea será un trabajo tan fácil como fecundos en resultados.

Por lo que hace á nosotros, debo consignar que hemos recibido en Nicea una hospitalidad que nunca olvidaremos. Así el mudir como los notables y los zapties nos han acompañado á todas partes, manifestando siempre el más vivo deseo de agradarnos y de sernos útiles.

Se nos habia instalado en la gran sala de un konak construido muy recientemente, pieza situada en el piso bajo, con numerosas ventanas á un patio cubierto, en cuyo centro hay una gran taza de marmol blanco, bello recipiente de un caño de agua. Hay allí como un pálido reflejo del antiguo esplendor de Nicea.

CAPITULO V.

De Nicea á Bursa por Yenl-Schcher.—Historia de Bursa.—

Monumentos.

Dejando á Nicea, seguimos durante algun tiempo la orilla oriental del lago: despues, habiendo llegado al pié de las escarpadas montañas que cierran el valle por el lado del Mediodía, trepamos una pendiente áspera en grado sumo por una estrecha senda abierta en la roca, no sin volvernos para mirar más de una vez hácia atrás y gozar del bello espectáculo que el lago presenta visto desde estas alturas.

Muy luego distinguimos hasta una docena de ginetes apostados en las cumbres que nos dominan aún, los cuales, al vernos, se lanzan al galope en nuestra direccion.

¿Es una emboscada? ¿Es necesario que nos pongamos en guardia? La incertidumbre no puede ser de larga duracion. A cien pasos de nosotros aquellos desconocidos detienen sus caballos, y su jefe, vestido con el uniforme de funcionario de la Sublime Puerta, se adelanta solo, saludándonos respetuosamente con la mano.

Es el kaimakan de Yeni-Scheher, que habiendo tenido con anticipacion aviso de nuestro próximo paso, viene atentamente á recibirnos. Acompañarle, segun costumbre, los diferentes servidores de su casa, llevando cada cual el traje y las insignias de sus respectivas funciones: el *katib* (secretario), el *tchibukdji* (el que sirve la pipa, empleo muy importante en las casas turcas), los *zapties*, etc. Las dos escoltas fraternizan desde luego y se mezclan: despues continuamos nuestra marcha en compañía del kaimakan.

Todavía caminamos una hora antes de llegar al pueblo de Yeni-Schcher, mitad al través de bosques y barrancos, mitad por una llanura fértil y esmeradamente cultivada, donde está situada la poblacion.

Los habitantes todos, en quienes la solemne é imprevista partida de su primer magistrado hubo de escitar gran curiosidad, se apresuraron á vernos llegar: los niños, con sus vistosos trajes, brincan y corren entre los piés de los caballos; los hombres, con su impassibilidad característica, permanecen inmóviles y silenciosos á lo largo de las paredes de las casas, y las mujeres, á través de las puertas y ventanas entreabiertas, nos hechan miradas furtivas.

Las casas de Yeni-Scheher están constraídas de tapias de tierra como las de Ak-Serai, y el mismo konak, con ser la residencia de la primera autoridad, es un edificio harto mezquino. Pero la cordialísima acogida que se nos hace corona dignamente las primeras atenciones del kaimakan. Antes de que nos sirviesen la comida nos presentó los miembros de su medjlis, entre los cuales figuraba un anciano casi centenario. Esta longevidad no es tan extraordinaria como se pudiera creer entre los mil ó mil quinientos habitantes con que cuenta Yeni-Scheher.

Gózase aquí de un clima sumamente saluda-

ble. el territorio llamado de la *Caza* cubre la elevada explanada que comprenden entre sí los valles de Nicea y de Bursa; el suelo es de una calidad muy buena para la agricultura, y produce en abundancia granos, tabaco, sorgho y otros frutos; pero en la estacion ésta en que lo visitamos nosotros el sol calcina la tierra y hace desaparecer toda la vegetacion: solamente los árboles conservan su espléndido verdor.

El dia 30, poco despues de las siete de la mañana, salimos de Yeni-Scheher, precedidos de todos los zapties con que contaba el kaimakan, que á un cuarto de legua de la poblacion se despiden de nosotros, quedando solamente tres á nuestro lado como escolta.

Despues de haber caminado agradablemente distraidos por espacio de algunas horas llegamos á la vuelta meridional de esta extensa explanada: las cumbres del Olimpo se muestran de nuevo á nuestra vista, que baja luego hasta su base, abrazando las lejanas perspectivas del hermoso valle de Bursa.

Descendemos por un rápido sendero abierto

entre el lujo de la vegetacion más rica y más lozana: plantaciones de moreras, espesos matorrales de zarzas y chaparros, yerbazales ya secos entre el ramaje espeso de un bosque salvaje... En medio de esta explosion espontánea de la naturaleza, encuéntranse de distancia en distancia campos esmeradamente cultivados; los torrentes trazan por aquí y por allá á su paso anchas y profundas huellas, y las piedras arrancadas de alguna antigua vía se oponen como un obstáculo allí donde los señores del país las habian colocado para comodidad del viajero.

El sendero está sombreado en un extenso espacio por un espeso bosque de grandes y seculares castaños: bajo esta sombrasa bóveda de frondosidad encontramos una boda: tañedores de flauta y tamboril marchan delante; la novia y sus compañeras están muellemente acostadas sobre los cogines de un *araba* (1); el novio las sigue á

(1) Carreta cubierta adornada de paños y tirada por bueyes, salvo alguna rara excepcion de las grandes ciudades. Es el único género de carruajes usados en Turquía.

caballo, rodeado de sus parientes y amigos. La actitud de todos es tan grave y la música tan triste que más parece una ceremonia fúnebre que una fiesta de desposorios.

Al ponerse el sol, después de diez horas de marcha, aparece á nuestros ojos Bursa, como una guirnalda de minaretes y cúpulas suspendida á los lados del Olimpo. Para penetrar en ella es preciso trepar antes por una cuesta pedregosa; pero muy pronto nuestra gente invade las oscuras galerías del bazar y luego una série de angostas y escarpadas callejuelas.

Atravesar una ciudad al oscurecer no es el menos penoso de los trabajos reservados al viajero que explora la Turquía. Nada de alumbrado en las calles, ni aun siquiera tiendas abiertas cuyas luces pudieran prestar al exterior alguna claridad.

Mil ángulos, salidas y estorbos erizando las paredes de las casas; montones de piedras en el piso, hoyos y barrancos y hasta perros muertos ó dormidos. Los caballos no marchan ya, sino que resbalan, patinan, tropiezan, caen ó se le-

vantan. Preciso es abandonarse completamente á ellos, encomendar el alma á Dios como hace un náufrago, y esperar que esta especie de ola viva, despues de habernos quebrantado contra los arrecifes, nos deje en fin en la puerta de algun kónak ó de algun parador de caravana.

Y estas angustias se prolongan en nosotros cerca de media hora, porque la fonda del Olimpo, en que habiamos de parar, está situada en un barrio precisamente opuesto al punto de nuestra entrada.

Bursa y Smirna son las únicas ciudades que hay en el Asia Menor las cuales están provistas de hoteles y fondas á la europea.

Bursa esta situada solamente á cinco leguas del pequeño puerto de Mudania, unido á Constantinopla por una línea de vapores. Todos los que visitan la capital de los Estados Otomanos deberian hacer esta excursion: muchos viajeros la emprenden todos los años. Las aguas termales y la industria de la seda atraen por otro concepto á Bursa gran número de valetudinarios y mercaderes, nacionales y extranjeros, acostumbra-

dos á cómodos alojamientos. No hay que extrañarse de hallar aquí una buena posada; por nuestra parte, hemos aprovechado con mucho gusto los recursos que nos ofrece.

Cualesquiera que sean las seducciones del color local y la celosa y cortés solicitud de los muidres del Kodja-Ili y de Chodavend-Kjar en procurarnos grata hospitalidad, el placer de encontrar, aunque no sea más que por un instante, la libertad de una habitación que podemos llamar propia, con camas verdaderas y todo ese mueblaje íntimo de que entre nosotros no se prescinde nunca, ni aún en la casa más humilde, y cuyo uso es desconocido en la Anatolia, sillas, mesas, platos, tenedores, botellas, vino, ese placer es superior en mucho á todo aquello. Sobre todo agua, agua en abundancia; la falta de esta satisfacción es acaso la que nos ha sido más sensible. En Turquía se recurre con frecuencia á las abluciones, pero de un modo muy ligero.

Por la mañana á la hora de vestirnos la sala del konak habia sido ya invadida por los zaptíes, los funcionarios locales y los curiosos, á quienes

divertía la importancia que nosotros damos á la operacion del tocador. Cuando pedíamos agua se adelantaba un criado con un jarro en la mano y una tohalla de franja dorada al brazo, dispuesto á derramar algunas gotas sobre las puntas de nuestros dedos; y no consentian fácilmente en abandonarnos la mezquina porcion del líquido para que lo usáramos más libremente.

Muchas horas hacia que reposábamos, y era un poco despues de media noche, cuando una confusa griteria y un gran resplandor de luces rojizas vinieron á ahuyentar el sueño que cerraba nuestros párpados. Corrí, pues, á la ventana, y ví que un grupo de furiosos avanzaba hácia la fonda del Olimpo agitando antorchas encendidas y profiriendo penetrantes clamores.

Dos meses antes la casa de un cristiano habia sido presa de las llamas á consecuencia de un tumulto popular. ¿Nos estaba reservada la misma suerte? No, gracias al cielo; el tropel incendiario no tardó en alejarse y perderse entre el grupo de árboles esparcidos en la pendiente de la colina. A la mañana siguiente pude saber que

habia tenido simplemente la fortuna de ser testigo de las ceremonias que acompañan al entierro de los judíos.

No hemos visto al bajá gobernador del eyalet de Chodavend-Kjar: estaba ausente; pero gracias á los buenos oficios del vice-cónsul de Francia, M. Leon, pasamos en Bursa cuatro dias de los más agradables.

Bursa es verdaderamente la perla de Anato-
lia, y los habitantes estan orgullosos de ella. Abrigada al Mediodía por los espesos bosques y las bellas alturas del Olimpo, que lleva á sus fuentes el tributo de sus aguas puras y copiosas, domina un valle cuajado de exhuberante vege-
tacion. Durante los meses de estío las frescas brisas del mar y los perfumados céfiros de las montañas vienen á templar el exceso, si hay exceso, de calor que la presta el ardoroso sol de Oriente. Arboles gigantescos, cipreces, castaños, álamos y robles la envuelven en su fronda de un verde espléndido, que puede compararse á un rico manto de esmeralda; y sus fastuosas mez-
quititas, blanqueando por do quiera, elevan al cie-

lo, como alas de paloma, sus elegantes cúpulas y sus gallardos minaretes.

Pero ¡ay! esta superficie tan pintoresca y sonriente cubre un suelo que las corrientes volcánicas pueden agitar y remover á cada instante.

Apenas hace diez años que Bursa fué espantosamente sacudida hasta en sus cimientos por una violenta conmocion subterránea: crueles desastres sufrieron sus moradores, y los monumentos más interesantes y dignos de admiracion se derrumbaron por tierra ó perdieron su nivel.

Estas funestas circunstancias hacen que la poblacion tienda naturalmente á decrecer. Segun diversas obras que he compulsado y que suministran un cálculo, se eleva á cincuenta mil ó sesenta mil almas: alguno la hace subir hasta cien mil; pero se me ha asegurado sobre el terreno que en la actualidad no pasa de treinta y cinco mil habitantes: preciso es buscar la verdad entre estos datos extremos.

A consecuencia de la catástrofe de que acabamos de hacer mencion, Bursa ha perdido uno

de sus huéspedes más ilustres, un célebre deserrado, Abd-el-Kader, que á ejemplo del cartaginés Annibal la habia elegido como lugar de refugio, teniendo que retirarse á Damasco, donde le esperaban otras tempestades.

Horrorosos incendios han devorado tambien á esta ciudad tan ilustre como infortunada; pero es verdad, y debemos consignarlo, que en Oriente parece que el hombre esta ya familiarizado con estos tremendos estragos. Citaremos especialmente los incendios de 1490 y el que tuvo lugar un año despues de nuestra visita, el 19 de Setiembre de 1863.

La Bitinia ha contado muchos *Prusias* entre sus reyes: las ciudades fundadas por ellos han llevado todas el nombre de *Prusa*. Bursa era la *Prusa ad Olympum* de la antigüedad.

¿A cual de los *Prusias* debe remontarse su origen? Si hemos de creer á Strabon, pues las opiniones son distintas, su fundador fué contemporáneo de Cresó; Plinio, por su parte, designa como tal al príncipe de ese nombre que acogió á Annibal, y afirma que este gran capitán marcó

con su propia mano el sitio en que había de construirse la nueva ciudad. Sea cual quiera la cierta entre estas dos opiniones, Prusa no figura en la historia antes de la Edad Media. Plinio, sin embargo, siguiendo la política adoptada por los romanos en todas sus posesiones, se ocupó en embellecer los edificios públicos. Su correspondencia con el emperador Trajano, en lo relativo á la construcción de los baños de Prusa, es un documento precioso para la historia de esta ciudad. Demuéstrase en ella perfectamente lo que era aquel admirable sistema de centralización aplicado al gobierno de las provincias romanas. «Los prusanos,—dice,—tienen un baño viejo y en estado ruinoso y deplorable. Ellos querrian reconstruirlo, *si se lo permitis*, y yo creo que podeis acoger su demanda. Esta obra sería, por su magnificencia, digna de nuestro reinado.»

A pesar de todo, no queda ya en Bursa ningún monumento de la época romana. Los terremotos, las invasiones y el tiempo lo han destruído todo.

A sus aguas termales, muy apreciadas de los

patricios de Bizancio por sus cualidades medicinales, hay que atribuir el gran desenvolvimiento que recibió del Bajo-Imperio. Pero muy pronto circunstancias menos favorables para ella debían procurarla más alto renombre y mayor ilustración. En el momento en que el Asia Menor venía á ser el campo de batalla abierta á las invasiones del islamismo, la importancia misma de su situación bajo el punto de vista estratégico fué comprendida por los cristianos así como por los musulmanes.

Desde el principio del siglo X, los sarracenos habían llevado hasta ella sus excursiones, y tomada por el emir Seifed Devlet, después de un largo sitio, fué completamente desmantelada.

Los emperadores entraron de nuevo en ella y otra vez la volvieron á perder; pero más tarde, aprovechando el paso de los primeros ejércitos cruzados, apropiándose astutamente los resultados de sus victorias, como lo hemos visto en Nicea, y tratando subrepticamente con los sultanes, llegaron á reconstituir un imperio en el Asia

Menor, mientras que los latinos les arrebataban el de Constantinapla.

Teodoro Lascaris reedificó y fortificó los muros de Bursa, de lo cual dá fé una antigua inscripción. Así pudieron los griegos resistir á todos los esfuerzos de los latinos.

Durante el siglo siguiente ofrece el Asia Menor un espectáculo que no por ser singular dejaba de ser comun en aquella época. Los emperadores de Bizancio y los sultanes seljucidas se muestran igualmente faltos de fuerzas y de poder para mantener bajo su dominio las provincias de la Anatolia.

En ellas, como en otras muchas comarcas, se habian formado una multitud de pequeños principados feudales, adjudicados los unos á déspotas griegos y los otros á beyes musulmanes, cuyas posesiones compartian y disfrutaban, viviendo un dia como buenos comensales y otro como enemigos encarnizados.

No está, por cierto, fuera de propósito referir aquí un episodio tan curioso como muy propio para caracterizar aquella situacion anormal:

viene á ser como el prelude, digámoslo así, de la toma de Bursa por los turcos.

Osman, hijo de Ertogrul, primer fundador de la dinastía de los Otomanes, ocupaba, con el título de bey, y bajo la autoridad nominal del sultan de Iconio, una parte de la Bitinia. Un griego, señor del castillo de Yar-hissar, situado á corta distancia, le invitó á las bodas de su hija, en las que habian de reunirse todos los señores griegos y turcos del país.

Osman, no sin motivo ni razón, vió en este obsequio una astuta emboscada, y se mostró más hábil que su pérfido vecino. El futuro yerno del gobernador de Yar-hissar poseia el castillo de Beledjik, más próximo aún á las tierras del turco, y Osman le rogó que recibiera en él sus tesoros y sus mujeres, que cualquier enemigo pudiera robar mientras él tomaba parte en los regocijos de las bodas. Aceptada la demanda, Osman hizo introducir en el castillo de Beledjik cuarenta jóvenes guerreros perfectamente disfrazados de mujeres. El festín de las bodas debia tener lugar en una llanura no lejos de allí, y los convidados

acababan de ocupar sus puestos cuando con general sorpresa se vió rugir en ráfagas rojizas, por encima de los almenados muros de Beledjik, un horrible incendio. Los griegos se precipitaron tumultuosamente hácia el castillo para extinguirlo á tiempo y evitar el desastre; pero ya los cuarenta compañeros de Osman se habian despojado de sus disfraces femeniles, y cayendo sobre los griegos dieron muerte á todos, quedando Osman aquella misma noche por dueño y señor de Beledjik y de Yar-hassar. La novia, que cayó tambien en poder del bey turco, vino luego á ser la mujer de su hijo Orkan.

Los dos castillos que Osman acababa de ocupar estaban situados en la vertiente oriental del Olimpo. Alzado á la gerarquía de sultan despues de la muerte del último soberano de Iconio, llevó sus miras más lejos, y envió á su hijo Orkan á sitiar la ciudad de Bursa, en la cual tenia puestas sus miradas ambiciosas.

Orkan empezó desde luego su obra apoderándose de Adranas, que domina el valle del Rhyndaco, situado al Mediodía del Olimpo: des-

pues, por la parte del Norte, estableció su ejército en el fértil valle del Nilufer, entre Bursa y el mar. Allí pasó diez años, esperando con inagotable paciencia que la plaza se le entregase obligada por el hambre. Acostumbrados los turcos á esta vida nómada, no sentian impaciencia alguna por estar así, viviendo bajo la tienda, en medio de una campiña donde sus ganados tenían abundantes pastos.

Más de una vez, sin embargo, vinieron á las manos los enemigos durante este sitio memorable, digna imitación del sitio de Troya, que los analistas otomanos se complacen en rodear de circunstancias maravillosas.

A aquellos ascéticos solitarios que desde los primeros siglos del cristianismo escogieron por lugar de retiro y de meditacion los bosques y las grutas del Olimpo, acababan de reemplazar los santos musulmanes, y de aquí el nombre de *Kechich-Dagh* (Monte de los monjes), que los turcos dan todavía al Olimpo. El más célebre de todos ellos, llamado *Guen-Kli-Baba* (padre de los ciervos), es el héroe de no pocos cuentos y leyendas. Los

animales montaraces, entre los cuales vivia, obedecian prontamente sus órdenes, y cuando los griegos defensores de Bursa hacian una salida contra los turcos, se le veia aparecer de repente al lado de Orkan, cabalgando en un magafico ciervo, blandiendo un alfanje colosal y excitando á los musulmanes á la matanza.

El jefe de los sitiados estaba firmemente resuelto á defender la plaza á todo trance, oponiendo la más vigorosa resistencia á los turcos, cuando el emperador Andrónico le envió la orden de capitular. Habia pactado en favor de los habitantes el derecho de que se retirasen libremente, y sin embargo, casi todos permanecieron en la ciudad: habiendo de optar por un señor, el emperador de Bizancio no les parecia mucho mejor que el sultan de los turcos.

Osman estaba en su lecho de muerte cuando supo la rendicion de Bursa, que tuvo lugar en 1326. Hizo, pues, su entrada en un féretro, y el primer sultan de los otomanos tuvo por sepultura la misma capilla del castillo, trasformada al punto en una mezquita.

Orkan le sucedió en el trono y Bursa vino á ser la capital del nuevo imperio: él y sus sucesores se complacian en enriquecerla con monumentos; pero apenas habia pasado un siglo y este esplendor naciente iba á sufrir los más terribles desastres.

Tamerlan, vencedor de Bayaceto en Angora (año de 1402), la entregó al pillaje y al incendio, y luego las guerras intestinas acabaron de traer la desolacion.

Bursa vió, al fin, dias menos infaustos, y desde mediados del siglo XV no estuvo ya expuesta á los horrores de los combates; pero despojada de su título de capital en provecho de Constantinopla, ha perdido su primitiva importancia: sin embargo, á los ojos de los turcos guarda siempre cierto carácter sagrado.

¿Qué lugar, escepto la Meca, seria más digno de su respeto y de su veneracion? Allí reposan las cenizas de sus primeros sultanes, de sus más bravos guerreros, de los derviches y fakires, venerados entre los santos del islamismo; allí se encuentran cerca de seiscientos sepulcros de prin-

cipes y hombres ilustres, y un sinnúmero de mezquitas, de *mesjides* (oratorios), de *turbés* (capillas sepulcrales) y de *lekies* (conventos), igual, segun dicen, á los dias del año.

La mayor parte de los monumentos datan del siglo XV: hay muchos deteriorados y no pocos en ruinas; pero contribuyen siempre por su multitud y variedad á dar á Bursa una fisonomía majestuosa.

Antes de citar los más notables, conviene describir el aspecto general de la ciudad.

Bursa cubre, en la extension de una legua próximamente, una série de prominencias pegadas al monte Olimpo: la más elevada, ceñida de robustas murallas y flanqueada de torres cuadradas, comprende la ciudad propiamente dicha, la ciudad antigua, la ciudadela: lo demás no es otra cosa que una série de arrabales. Pero en Bursa, como en otras muchas plazas de guerra trasformadas en ricas capitales, lo accesorio viene á ser lo principal. El recinto del *hissar* (castillo) no encierra más que una pequeña ramificacion de estrechas calles, donde los turcos á la

antigua permanencen recludos como en un arca santa. Un poco más abajo se abre libre de trabas la ciudad moderna, cuya superficie ondulada solo se circunscribe por una faja de verdor.

Para estudiar los monumentos de Bursa por un orden cronológico, debe uno dirigirse desde luego hácia la ciudad alta, el hissar, que contiene las construcciones más antiguas. Si se penetra en ella por la puerta del Sudoeste se ven al lado de esta misma puerta fragmentos de muro formados de gruesos bloques cortados y sobrepuestos sin argamasa, restos del recinto bizantino: lo demás de las murallas data del Bajo Imperio. Todos los otros edificios pertenecen á la época otomana.

En lo alto del hissar aparecian las dos más antiguas mezquitas: el Daud-monastir (monasterio de David), con los sepulcros de Osman y de Orkan, y la del sultan Amurat I, á la cual estaba aneja una vasta *madrisa*. El terremoto de 1856 las derrumbó por desgracia, mezclando sus ruinas con las del palacio; el vasto espacio ocupado en otro tiempo por estos edificios no ofrece ya á la vista

más que lienzos de murallas, cúpulas surcadas de profundas grietas y desnivelados minaretes (1). Sin embargo, los estudiantes que habitaban la madrisa no han querido abandonar este piadoso asilo; aún se les ve sentados sobre los montones de escombros que obstruyen la entrada de sus celdas, buscando en el *Libro celeste* máximas de resignación.

Pero el monumento que Bursa ostenta entre todos con orgullo justísimo es *Ulu-djami* (la gran mezquita); y en efecto, es uno de los más vastos edificios de Oriente. Su gran fábrica, empezada por Amurat I, no fué terminada hasta Mohammed I. Su traza es un cuadrilátero de unos cien metros de lado, dividido interiormente por cuatro órdenes de pilastras en cinco naves, que se entrecruzan formando veinticinco subdivisiones coronadas por otras tantas cúpulas. La del medio deja ver en su vértice una ancha abertura por donde el aire exterior penetra libremente, y corresponde

(1) Daud-Monastir se ha reedificado luego, y también se han restaurado los sepulcros.

á una gran taza de mármol, situada en el centro de la mezquita, poblada de vistosos peces y alimentada por un salto de agua.

La ornamentacion exterior de este edificio no tiene nada de notable. La puerta principal estaba flanqueada por dos minarettes primitivamente revestidos de porcelana. El terremoto de 1856 los derruyó enteramente, y no se ha terminado aún su reedificacion. Interiormente habian sido fastuosamente prodigados el oro y los arabescos de colores; pero en la actualidad paredes y pilastras están simplemente cubiertas de una capa de estuco blanco, sobre el cual resaltan de azul algunas sentencias del Koran. A pesar de la sencillez de su decorado, este anchuroso salon, donde el agua murmura y la luz extiende irradiaciones al través de un bosque de columnas y en las profundidades de veinticinco cúpulas, ofrece un espectáculo imponente.

Las otras grandes mezquitas de Bursa son las de Bayaceto y Amurat, situadas en los arrabales, la una al Este y la otra al Oeste de la ciudad, entre bellos bosqucillos de plátanos y al-

tísimos cipreses, y la de Yechil-djami, la mezquita de Mohamed I, que es la más importante de todas tanto en riquezas cuanto en lo acabado de su ornamentacion.

El pórtico y los muros exteriores están revestidos de marmol blanco y ostentan profusamente, en grabados huecos, inscripciones y sentencias festoneadas de graciosos arabescos.

Léese, entre otras, esta preciosa máxima:

«El mejor de los hombres es el que se hace útil á sus semejantes.»

Las paredes interiores de la Yechil-djami, están casi completamente cubiertas de porcelana esmaltada; pero á consecuencia del terremoto, causa de tantos estragos, una enorme grieta surca de parte á parte la cúpula. Sin reparaciones inmediatas, con las cuales no hay que contar seguramente, la Turquía habrá perdido en breve uno de sus más bellos edificios. El revestimiento de porcelana que envolvía los minaretes ha desaparecido mucho tiempo hace.

En torno de las principales mezquitas y entre grupos de cipreses y de plátanos, vense una es-

pecie de kioscos cuadrados, redondos, octógonos, coronados de bellas y á veces lujosas cúpulas; son los turbés ó capillas sepulcrales que encierran las cenizas de los sultanes, de sus parientes, de los personajes ilustres. Los de Bursa guardan los cuerpos de los primeros sultanes desde Osman hasta Amurat II.

La disposicion interior es la misma en todos estos túmulos. En medio de la sala, un pedestal de mármol ó de porcelana, cubierto con telas preciosas, soporta los féretros envueltos en chales de cachemira y exornados con turbantes ú otras piezas que han pertenecido á los difuntos. Gruesos cirios de cera en ricos candelabros están constantemente dispuestos en rededor de estos cenotáfios.

Más allá de las cúpulas de la *Muradich* aparecen aún otras cúpulas en la colina: allí se encuentran los baños de Bursa, alimentados por multitud de veneros calientes y frios y célebres en todo el Oriente (1). En lo interior, grandes pie-

(1) Son aguas sulfurosas y alcalinas: la temperatura más alta es de 90° centígrados.

zas abovedadas contienen, las unas piscinas, las otras divanes. Estas piezas están casi siempre llenas, y los bursanos pasan en ellas horas deliciosas: ya se sabe la importancia de los baños entre los orientales, que los consideran, no solo como un placer, sino también como una práctica higiénica tradicional y hasta religiosa. La mayor parte de los establecimientos de este género provienen de fundaciones piadosas, abiertas gratuitamente al público. En Bursa el más importante (Yeni-Kaplidja), se debe á la munificencia de Rustem-Bajá, gran visir de Soliman II.

CAPÍTULO VI.

Agricultura é industria.—Subida al Monte Olimpo.

Un dia completo consagramos á visitar dos re-
cientes establecimientos agrícolas en las afueras
de Bursa. El uno es la propiedad de un armenio,
M. Toros-Oglú: la agricultura y la industria mar-
chan de frente. Una gran cria de gusanos y una
hilanderia ocupan un considerable número de
operarios. Una extension de mil hectáreas con
pastos, plantaciones de moreras y tierras labran-
tías, componen la heredad rural: las construccion-
es son vastas y bien dispuestas, sin que cedan
á lo que en este género se hace mejor en Eu-
ropa.

En este tiempo del año no habia que buscar

cosechas en el campo, y en él dispersos los ganados, no pudimos juzgar por nosotros mismos de los resultados obtenidos por Toros-Oglú; pero una explotación organizada sobre tan amplias bases y dirigida con tanta inteligencia, podrá sin duda servir de modelo cuando los capitalistas en mayor número intenten utilizar en gran escala el fértil suelo de la Anatolia.

Enseguida fuimos á casa de M. John Zorab, inglés de origen armenio, que explota algunos terrenos en diversos puntos de la provincia de Bursa, donde se ha conquistado una verdadera popularidad bajo el nombre de *tchelebi John* (señorito John). Este título de señorito se dá en Turquía á los extranjeros distinguidos.

El propietario nos mostró el aparato de vapor que acaba de montar para la fabricación del azúcar del sorgho. En este ingenio el almibar de sorgho no se cristaliza: conviértese simplemente en melaza, y en esta forma reemplaza económicamente al azúcar de uva y á la miel que se empleaba comunmente en el país.

No dejaba de utilizarse anteriormente esta

planta en la mayor parte de la Anatolia; pero hasta ahora la gente del país no poseía los instrumentos necesarios para sacar de ella mejor partido. Desde la fundación de los establecimientos de M. Zorab, se han dedicado con afán á su cultivo, cuyos productos se le traen de bastante lejos.

Hace uso M. Zorab para los trabajos agrícolas de algunos buenos instrumentos ingleses, y espera proveerse próximamente de una máquina segadora, que hará esta importante operación mucho más fácil y barata. Ocupa en sus operaciones trabajadores turcos, hombres y mujeres. Poco tiempo hace que estas han tomado el partido de aceptar empleo en casa de los cristianos; pero ya se encuentran muchas en todas las hilanderías, donde trabajan con el rostro descubierto.

M. Zorab no participa de las prevenciones que generalmente se tienen contra los turcos; celebra la inteligencia de ellos, su celo y docilidad, y para gobernarlos le basta tratarlos con bondad, pero con firmeza.

Los europeos que intentan fundar estableci-

mientos en la Anatolia se arruinan con frecuencia, y aún perecen á veces, víctimas de los ódios que suscitan por no haber querido respetar las costumbres ni transigir con la susceptibilidad de una raza altiva naturalmente. Y es preciso hacer ver á los turcos que se les estima sin temerles; tratarlos con deferencia, pero con resuelta energía.

A pesar de la feracidad natural del territorio de Bursa, no suministra el suelo todos los productos que pudieran obtenerse, y dista todavía mucho de proveer á las primeras necesidades de sus habitantes. Una parte del trigo que se consume en Bursa es importado de Angora, y comprado en el mercado cuesta de cinco á ocho piastras el *kilé* (unos veinticinco kilogramos), al paso que tomado en consignacion cuesta de veintidos á veinticinco. La diferencia, que es de diez y siete piastras, representa el precio del transporte á lomo de camello por un trayecto de ciento diez leguas.

Esto prueba eficazmente los perjuicios que reporta á la agricultura y á la industria la falta de carruajes en Turquía, pues para formarse idea de lo

que pudiera ser la Anatolia si tuviera vías de comunicacion en regular estado y mejor régimen económico, basta notar que su estension será poco más ó menos la de Francia, es decir, de unas veintisiete mil leguas cuadradas, y que no contará menos de ocho á diez millones de habitantes.

En el interior del país se adquieren todos los géneros con una baratura increíble; pero, sin embargo, los habitantes se quejan y dicen que de diez años á esta parte se han doblado los precios.

Las salidas que produjo en esta época el gran consumo de los ejércitos aliados durante la guerra de Oriente, fueron el origen de un movimiento mercantil, cuya influencia se hace sentir todavía.

El valor venal de las tierras de buena calidad, que rinden con frecuencia los productos más variados, como grano, tabaco, algodón, subia, ópio, etc., llega apenas á cien francos la hectárea. Verdad es que no se encuentra quien tome en arrendamiento sinó pagando en frutos; por eso el propietario prefiere cultivar el campo por sí mis-

mo, para sacar de su finca el mejor partido posible.

El dinero tiene un gran valor, prestándose comunmente en el país á un interés de quince y veinte por ciento anual. Los campesinos que toman á este tipo á los prestamistas establecidos en las ciudades del interior, cumplen escrupulosamente sus empeños.

Parece, sin embargo, que un hombre jóven y emprendedor, que no hiciera gran repugnancia á una vida un poco excéntrica, habia de hallar al gun encanto en crearse un vasto dominio á las márgenes del Sangario, del Rhyndaco ó del Hermo, con una gran casa construida, como nuestros antiguos castillos feudales, sobre una de las colinas que forman la primera grada de las montañas. No habia de faltarle el placer de la caza; por un módico sueldo tendria á su alrededor una porcion de *bravos* que velaran por su seguridad, y á poca costa habria echado las bases de una existencia independiente y acaso de una gran fortuna.

Un solo obstáculo se opone, se me dirá acaso,

á la realizacion de tan hermoso sueño, y es que en Turquía, lo mismo que en Inglaterra ó en Rusia, ningun extranjero puede ser propietario de bienes raices. Verdad es que, á pesar de los compromisos aceptados por el gobierno otomano cuando el tratado de París no ha alzado aún la interdiccion; pero tambien lo es que muchos extranjeros saben eludirla perfectamente para adquirir propiedades, tomando el nombre de algun súbdito del sultan. Y hay que decir, en honra de ellos, que no ha ocurrido ejemplo de que los supuestos propietarios hayan abusado de esta confianza.

La prosperidad de la provincia de Bursa consiste principalmente en la industria de la seda. Salvo raras excepciones, los gusanos de seda se crian en porciones pequeñas entre los campesinos. La mayor parte de las hilanderías pertenecen á los europeos, franceses, alemanes, suizos, italianos, y están situadas en lo interior de la ciudad, donde ocupan á cinco mil operarios de ambos sexos, sobre todo mujeres.

Unos mil quinientos están empleados en otras partes del distrito: el salario es de seis á ocho

piastras en verano y de cuatro á cinco en invierno. La produccion total puede evaluarse en quince ó veinte millones de francos.

En cuanto al tejido que suministra esas ligeras telas conocidas con el nombre de sederías de Bursa, ha perdido mucho de su importancia y no ocupa más de una centena de telares. En suma, la industria de la seda está lejos de progresar en este país.

El mercado de Bursa se halla bastante bien provisto. Por fuera del bazar, que se cierra al oscurecer, he visto los mostradores de los verduleros quedar con sus provisiones toda la noche, sin que nadie creyera necesario guardarlas, lo que en verdad es honroso para la moralidad pública. En Turquía no se conocen los rateros ni los estafadores; pero, en cambio, por un rasgo de semejanza entre este pueblo y los hombres de las edades guerreras, cuando la rapiña toma el carácter de conquista entonces les infunde menos repugnancia; por eso, pues, si se cometen pocos robos en las ciudades, las exacciones violentas y los despojos en campo raso son hechos bastante comunes.

Bursa ha adquirido cierto renombre por su proximidad al Olimpo. Es este un nombre mágico, en que parece que se condensan todas las creencias religiosas de pueblos tan numerosos como célebres.

Los griegos habian colocado la mansion de sus dioses en la más alta de las cumbres que en los límites septentrionales de su pátria les parecia casi confundida con los espacios celestes. El Olimpo de Tesalia fué la primera de las montañas sagradas; pero los colonos que trasportaban sus penates á playas lejanas, buscando con la vista las alturas á donde debian elevarse sus plegarias, detenian sus miradas en la cumbre más aparente: para ellos esto era el Olimpo: así que en la antigüedad se les ha dado este nombre á más de catorce montañas. Una de ellas, el Olimpo de Galácia, fué testigo de la victoria ganada sobre los galos por el cónsul Manlio. Pero despues del Olimpo de Tesalia, el Olimpo de Bitinia ó de Misia, que tambien tiene este nombre, ha sido el más célebre de todos. Nosotros le hemos consagrado el dia 3 de Octubre.

Los que emprenden esta excursión, curiosa por demás, pernoctan á la mitad de su camino, bajo un abrigo improvisado ó en la cabaña de alguno de los pastores nómadas, que durante el estío conducen sus ganados á las altas mesetas de estos montes, donde gozan de una temperatura deliciosa. Puédese, sin embargo, hacer la jornada en un día, con actividad y buenos caballos, porque, verdaderamente, no ofrece ningun obstáculo.

Por eso he leído con extrañeza en la relación de Sestini, quien, uno de los primeros, hizo en 1779 una descripción algo detallada del Olimpo, este singular pasaje:

«A nuestra vuelta del monte Olimpo los habitantes de Bursa se persuadían difícilmente que hubiéramos podido subir hasta la cúspide: jamás ninguno de ellos ha tenido la curiosidad de subir más allá de una milla.»

Salimos, pues, de Bursa á las seis y media de la mañana M. de Vernouillet y yo, acompañados solamente de un zapfi y de un surudji; pasamos junto al kiosco del sultan, más arriba del *Campo*

de los muertos, y rodeamos los flancos de la montaña, por la parte del Oeste. Su base está cubierta de corpulentos castaños, á los que suceden luego bosques de hayas. La perspectiva de la ciudad y del valle hasta el golfo de Mudania es admirable.

Despues de hora y media de marcha hay que dirigirse al Este y trepar por una escarpada senda, que obstruyen á cada paso pedruscos desgajados de las rocas. A la derecha se abre un profundo precipicio, que desciende hasta la base de la montaña, y que cierran en semicírculo por el lado opuesto alturas pobladas de árboles. En este punto la micaesquita y el gneis suceden al asperon y calcáreo que por el lado de Bursa forma la base inferior de la montaña. Muy luego se llega á la region de los pinos, y por ella atravesamos un bosque incendiado, donde el color de la carbonizada madera se mezclaba con las brillantes tintas del follaje.

En Turquía esto de incendiar un bosque es cosa de juego, cuyo placer se otorga á sí mismo el primero que pasa, y con frecuencia las poblacio-

nes vecinas ven en esta diversion la manera más fácil y pronta de procurarse carbon; para el europeo, que sabe el respeto que merece la fortuna pública, este espectáculo de destruccion es altamente desconsolador.

En medio de los pinos suelen aparecer masas de granito, verdaderos baluartes que los caballos bursanos escalan con una destreza increíble. Despues de esto se entra en una espaciosa llanura accidentada de bloques de granito feldespático en descomposicion y de espesos grupos de enebro. Luego las rocas graníticas se acumulan en moles difíciles de salvar, y torrentes alimentados por el deshielo de las nieves se precipitan en rededor. En fin, una gran muralla de mármol blanco trasparente, á través de la cual penetran muchas vetas de granito, se dirige á la extremidad meridional de la explanada, formando la cresta del Olimpo.

Parece que la masa de materias ígneas que constituye el núcleo de esta montaña no solamente ha roto las capas superficiales en que dominaba el calcáreo, sinó que tambien ha arrollado una gran porcion de ellas, que ha amenazado su po-

sición horizontal, y se muestra en la cima de los trozós más elevados de granito, como un pavés levantado por brazos gigantescos. Los brillantes cortes de esta mole dan á la cresta del monte un esplendor particular, notable sobre todo por la parte del Mediodía.

Abundosa materia hay aquí para observaciones geológicas interesante en extremo; pero ignoro completamente que, bajo este punto de vista, haya sido esta comarca objeto de estudios determinados y sérios.

La cumbre del monte Olimpo es accesible por la parte Nordeste, donde hay una pendiente algo difícil cubierta de fragmentos de mármol quebrantado.

Llegamos á las diez y media al pié de este primer escarpe, donde nos desayunamos á toda prisa; abandonando luego los caballos á nuestros guías, salvamos á pié, en poco más de media hora el espacio que nos quedaba que andar. Estendimos entonces la vista y gozamos del hermoso espectáculo de un país salvaje: por todas partes un terreno ondulante, montuoso, ennegrecido en

parte por las sombras de las selvas, donde los argentados remansos de algunos lagos resaltaban como puntos luminosos. Nada se ve que revele la presencia ó la accion del hombre: al Norte y al Oeste, la mar se confunde y vela con las brumas del horizonte. Por la parte del Mediodía, segun he dicho, la montaña está cortada á pico, y se abre un precipicio de más de mil metros de profundidad.

No he encontrado en el Olimpo ninguna señal ni vestigio de los antiguos monumentos indicados por el viajero Lucas, sinó tan solo algunos montones de piedras acumuladas por los devotos en honor de santones venerados, como los que se ven con frecuencia en las alturas del Bósforo, en las inmediaciones de Constantinopla. Nada tampoco de nieves perpétuas, á pesar de que todas las descripciones del Asia Menor adornan con ellas el Olimpo. El esplendor del mármol puede á lo lejos producir esta ilusion; pero la verdadera nieve se funde en Julio, dejando á lo más algun vestigio perdido entre las quebradas. La elevacion del monte sobre el nivel del mar es de dos mil

doscientos metros, y bajo ésta latitud el límite inferior de las nieves perpétuas está á los tres mil metros.

La flora del Olimpo es interesante. Sestini la ha descrito, segun creo, en el último siglo: el mal tiempo impidió á Tournefort su tentativa de ascension.

Los bosques de las mesetas superiores están habitados por algunos osos; más abajo suele verse algun ciervo; los javalies son aquí poco numerosos. A veces animales más terribles vienen de las soledades del Sudeste y penetran en las vertientes de la montaña: el año anterior se mató aquí una pantera.

Hacia las seis y media, entrada ya la noche, volvimos á la ciudad. Nuestra excursion solo duró doce horas.

CAPITULO VII.

Lago de Apolonia.—Ulubad.—El Rhyndaco.

Abandoné á Bursa el día 5, á las nueve de la mañana, y me encaminé hácia Ulubad, precedido de M. de Vernouillet, que marchó la vispera, queriendo disfrutar de la caza, mientras yo consagraba un día á la fotografía y al dibujo.

De Bursa á Ulubad hay diez horas de camino. Síguese por algun tiempo el de Mudania, y merece en verdad rebasar un poco la interseccion de los dos por ver sobre un afluente del Nilufer un puente construido en la Edad Media, y cuyo aspecto no deja de ser pintoresco.

A cuatro leguas de Bursa hicimos alto para

almorzar. Estábamos en frente de la pequeña población de Apolonia, que hubiera visitado con gusto, pero quedaba á trasmano de nuestro camino, y apenas teníamos tiempo para llegar á Ulubad.

—*Tchelebi*,—me dice uno de los surudjies, joven turco de fisonomía algo dura, pero inteligente,—¿os fiaríais de mí? Nuestros caballos son buenos: mientras que nuestro dragoman y mi camarada continúan su camino con los bagajes, yo os conduciré á Abulion, y desde allí caeremos en Ulubad por traviesas que conozco.

—Acepto,—le contesté.

Y henos aquí galopando por praderas y barrizales.

A las tres nos hallamos á la orilla del lago que hay á la entrada de Abulion (*Apollonia ad Rhyndacum*). Este pueblo está situado en una pequeña colina que el agua rodea por todas partes. Un puente de madera de doscientos ó trescientos metros de largo lo une á tierra firme; pero en esta estacion es accesible á pié enjuto. La ciudad antigua se extendia por la ribera, y aún

se ven por allí algunas ruinas. Hoy la isla está poblada solamente de casas ceñidas por murallas que hunden sus cimientos generalmente en el agua. Estas casas, en número de unas trescientas, están habitadas por pescadores cristianos: la pesca abunda en este lago, y muy especialmente el esturion, cuyos huevos sirven para la confección del *caviar*.

Recorrimos á caballo estrechas y quebradas calles; despues damos por la playa la vuelta á las murallas: una parte de ellas, construida de gruesas piedras sobrepuestas sin argamasa, parece de origen helénico: lo demás pertenece al Bajo Imperio. Dibujo un lienzo de muro en que se halla incrustado un bello fragmento antiguo, que debe haber pertenecido al friso de algun templo. Despues vuelvo á emprender la marcha, porque el sol baja ya hácia su ocaso.

Caminamos durante algun tiempo por la misma orilla del lago, graciosamente recortada: muchas islas aparecen en la superficie del agua. Al Levante descuella la blanca cima del Olimpo; al Poniente la oscura cumbre del Ida, á cuya espal-

da se oculta el sol... ¡Cuadro magnífico, cuyo recuerdo no se borrará jamás de mi memoria!

La noche entra; pero la claridad de la luna nos permite avanzar rápidamente por medio de la desierta llanura. A los dos tercios de nuestro camino pasamos cerca de un gran edificio arruinado, que ha recibido en el país un nombre siniestro: *Keurseuz-khan* (el khan de los ladrones).

Un bosque arde en las colinas que rodean el valle por la parte del Norte y nos sirve de fanal. A las nueve nos hallamos á orillas del Rhyndaco, en frente de Ulubad. Un puente de madera unia las dos márgenes del rio poco antes, pero la corriente lo habia arrebatado. Afortunadamente M. de Vernouillet ha encargado á un batelero esperarnos, y más dichosos que otros viajeros, que acampan al rededor de una hoguera, pasamos el rio y nos hallamos luego instalados en la casa de un *papas* griego, donde mi compañero de viaje habia ya recibido hospitalidad.

La casa es una especie de quinta, dependencia de un convento; el *papas* que lo habita comparte sus cuidados entre la direccion de las al-

mas y el cultivo de los campos: su corral está lleno de animales. Nos acomoda en un aposento cuyas ventanas han perdido sus vidrios: la noche está más fresca de lo conveniente; pero nosotros tapamos lo mejor que nos es posible las aberturas, sirviéndonos para ello de las almohadas del divan. Cenamos opíparamente, haciendo el gasto uno de los faisanes que habia cazado M. de Vernouillet, y envueltos en nuestras mantas nos tendimos en el suelo y nos dormimos, sin echar de menos las comodidades de la fonda del Olimpo.

El dia 6 lo consagramos exclusivamente á la caza. Durante los meses de invierno las aves acuáticas pululan verdaderamente en el lago de Apolonia; en la estacion de otoño son algo más raras; pero sin embargo, podemos matar algunos faisanes.

Una densa bruma nos envuelve y el cuidado de no perder el camino nos distrae de la caza.

Por la tarde, el *papas*, con suma amabilidad, nos propone dar un paseo al otro lado del Rhyn-daco por las colinas que se descubren en el horizonte, cubiertas enteramente de arbolado. El

mismo apareja y monta uno de sus caballos, con objeto de servirnos de guía, y hénos aquí atravesando por un vado el río, con peligro de ahogarnos, porque nuestras cabalgaduras no resisten sinó con dificultad el violento impulso de la corriente.

La cacería no es feliz: la caza es menos abundante en las colinas que en los pantanos; pero, en cambio, damos un paseo delicioso.

A la vuelta me detengo para ver trabajar á unos labradores que empiezan ya los trabajos de preparacion de la sementera. El arado consiste en una fuerte pértiga ajustada á unas ruedas y provista de una punta de hierro en una de sus extremidades, que, inclinada hasta el suelo, va abriendo su superficie: en vez de rastro, emplean un tronco de árbol guarnecido de sus ramas. Como se vé, este útil de lambranza no puede ser más rudo ni tener un carácter más primitivo.

Antes de entrar en Ulubad vamos á visitar el khan arruinado por junto al cual pasé la víspera. Extiéndese majestuosamente en la soledad, dominando las aguas del lago, y fué construido

sin duda alguna con arreglo á un plano grandioso y atrevido. En el interior, dos órdenes de arcadas lo dividen en tres naves; en el centro, dos grandes chimeneas están dispuestas en forma de cúpulas y de modo que los viajeros puedan situarse en rededor. La luz no penetra más que por las bóvedas. No me parece probable que este edificio haya sido primitivamente, como piensan algunos viajeros, iglesia bizantina.

El día 7 de Octubre, despues de haber empleado gran parte de la mañana cazando algunos faisanes, examino y dibujo las murallas de Ulu-bad, que fueron construidas por el emperador Alejo Commeno para defender el curso del Rhyn-daco y del Macesto. El origen de Lupadia, digan lo que quieran algunos viajeros, no se remonta á épocas más antiguas: era simplemente una fortaleza en cuyas cercanias tuvieron lugar numerosos combates en el siglo XIV, y que cayó en poder de Orkan el año de 1330.

A las dos y media de la tarde, dispuestos ya á continuar nuestra marcha, nos despedimos afectuosamente del *papas* Spiridion, á cuyas in-

finitas atenciones quedamos profundamente reconocidos, teniendo el pesar de dejarle afligido por dos sucesos en extremo desagradables. La iglesia del pueblo, hermosa y de reciente construcción, de la cual estaban los griegos orgullosos con justicia, quedó completamente arruinada por el terrible terremoto que tuvo lugar en 1856, y el mismo *papas* nos mostró sus ruinas, extraordinariamente afectado. Además, su hermoso huerto se encuentra ocupado por una gavilla de circasianos que sin respeto ni consideración alguna hacia la propiedad ajena le han invadido plantando en él sus tiendas.

Después de la sumisión del famoso y legendario Schamyl, muchos tcherkeses, montañeses del Cáucaso, no queriendo someterse en manera alguna al yugo, nada blando por cierto, de la tiránica Rusia, han pedido al sultán un asilo en sus estados. El sultán los acogió con mucho gusto, porque atraerse á estos hombres belicosos era hacer una gran adquisición y podía ser también una medida política muy conveniente, según las eventualidades del porvenir: otorgóseles,

pues, el asilo demandado, asignándoles para su residencia ciertos lugares en diversos puntos del imperio. Por otra parte, la Puerta tiene la costumbre de ofrecer generosa hospitalidad á todos los desterrados.

Así es como Ulubad ha llegado á conocer á esos valientes montañeses caucasianos que, ginetes en sus veloces caballos y cubiertos con sus gorros de pieles, tienen un aspecto terrible y feroz. Nosotros los hemos visto caracolear gallardamente, armados de enormes lanzas, al pié de la ciudadela de Commeno, y no hay nada mejor... con tal de que se los instale en terrenos del comun y no en los jardines de los pobres rayas.

Dejamos á mano derecha la ciudad de Muhallitch, la antigua Miletópolis, que vemos á la extremidad de la planicie, y las bellas ruinas de Císica, situadas á algunas leguas de allí. Císica ha figurado en la historia de una manera muy notable, y poseia en otros tiempo espléndidos monumentos. Las conmociones subterráneas á que el país se halla expuesto lo han destruido todo, y las hermosas columnas de sus templos han ido á

pues, el asilo demandado, asignándoles para su residencia ciertos lugares en diversos puntos del imperio. Por otra parte, la Puerta tiene la costumbre de ofrecer generosa hospitalidad á todos los desterrados.

Así es como Ulubad ha llegado á conocer á esos valientes montañeses caucasianos que, ginetes en sus veloces caballos y cubiertos con sus gorros de pieles, tienen un aspecto terrible y feroz. Nosotros los hemos visto caracolear gallardamente, armados de enormes lanzas, al pié de la ciudadela de Commeno, y no hay nada mejor... con tal de que se los instale en terrenos del común y no en los jardines de los pobres rayas.

Dejamos á mano derecha la ciudad de Muhallitch, la antigua Miletópolis, que vemos á la extremidad de la planicie, y las bellas ruinas de Císica, situadas á algunas leguas de allí. Císica ha figurado en la historia de una manera muy notable, y poseía en otros tiempo espléndidos monumentos. Las conmociones subterráneas á que el país se halla expuesto lo han destruido todo, y las hermosas columnas de sus templos han ido á

embellecer las mezquitas de Constantinopla. Sin embargo, si hubiéramos dispuesto de más tiempo habríamos ido á saludar y contemplar los venerables restos de sus muros de granito, contra los cuales se estrellaron impotentes los heroicos esfuerzos de los ejércitos de Mitridates.

Seguimos caminando en direccion del Este con el intento de subir el Rhyndaco hasta alcanzar su origen. En el camino encontramos una porcion de labriegos, que nos ruegan les admitamos en nuestra compañía para evitar así el peligro de que les cupiera la suerte que el dia anterior habia cabido á algunos de sus convecinos, que fueron robados en este paraje.

A las cinco estamos en *Kirmasli-Kasaba*, pueblo de cuatro mil habitantes, por donde salvamos el Rhyndaco sobre un puente flotante de madera.

A la parte de allá de este puente se abren las hospitalarias puertas de un konak. El mudir, á quien esperábamos ver, está ausente de la poblacion, pero las mujeres de su harem, sin romper por eso su clausura, nos envian una escelente

comida. Hay en esta poblacion bastantes griegos: los principales de entre ellos vienen cortesmente a visitarnos, y con mucha amabilidad nos conducen á algunas casas, en las cuales tenemos ocasion de notar diversos fragmentos de bajo-relieves antiguos é inscripciones desnudas de interés.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

OBRAS PUBLICADAS DE LA BIBLIOTECA MADRILEÑA.

	Ts.	Rs.		Ts.	Rs.
D. R. ORTEGA Y FRIAS.			POR D. E. LLOFRIU.		
Cruz de la Ermita.	2	3	Castigo del Cielo.	1	4 1/2
Amor de un Angel.	1	4 1/2	Heroismo de una Madre.	1	4 1/2
Drama Negro.	2	3	La Madre de los Pobres.	2	3
Nieta del Comendador.	2	3	Gloria, Dinero y Mujer.	2	3
Palma del Martirio.	1	4 1/2	El Naufragio del Grumete.	1	4 1/2
Angel de la Familia.	1	4 1/2	Tempestades del Alma.	1	4 1/2
Envenenador.	1	4 1/2	Tratado de Física Recreativa.	2	3
La y viaje de Cristóbal Co-			Maldito dinero!	2	3
lombus.	4	6	POR D. A. DE SAN MARTIN.		
Adquisita de Méjico por Her-			El Casamiento de Quevedo.	3	4 1/2
nan Cortés.	3	4 1/2	Memorias de un Desenterrado	1	4 1/2
Adquisita del Perú por Fran-			El Siglo del Can-can.	1	4 1/2
cisco Pizarro.	3	4 1/2	La Tumba de una Hija	1	4 1/2
Hermana de la Caridad.	1	4 1/2	El Señor de las Gafas Verdes.	1	4 1/2
POR D. E. HERNANDEZ.			Locura de Amor.	1	4 1/2
Cazador de Tigres.	2	3	Los Vampiros del Siglo XIX	3	4 1/2
Estrella del Sur.	1	4 1/2	Historia de un Renegado.	1	4 1/2
Perla de la Costa.	2	3	Los Pescadores de Venus.	1	4 1/2
Aventureros.	1	4 1/2	POR M. A. DUMAS.		
Flujo de Sangre.	1	4 1/2	Un Gil Blas en California.	3	4 1/2
Fuente de las Gracias.	1	4 1/2	Historia de un muerto.—Un		
Memorias de un Misionero.	1	4 1/2	baile de máscaras.—El co-		
Año en Oceanía.	2	3	chero de cabriolé.	1	4 1/2
Don Pedro el Cruel.	2	3	POR D. E. LLORENTE.		
Habitaciones Aéreas.	2	3	Hazañas de un Solteron.	2	3
Dama del Peine de Oro.	1	4 1/2	QUEVEDO.		
Adventuras de un Navegante.	2	3	Poesías de don Francisco de		
Astronomía al alcance de			Quevedo Villegas.	1	6
los ojos.	2	3	VARIOS.		
Invierno en Noruega.	2	3	Historia de Bertoldo.	3	4 1/2
Viaje á la Mongolia.	2	3	La Conquista de Madrid, por		
Cazadores de la pradera.	1	4 1/2	doña E. Feijóo y de Mendoza		
Galas de la Creacion.	2	3	Un Inglés enamorado, arreglo		
EL CAPITAN BURTON.			del francés, por D. A. Cas-		
peregrinacion á la Meca.	2	3	tilla y Gutierrez.	2	3
Viaje al País de los Mormones	2	3	Cuentos de Hadas, por mada-		
D. M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.			me d'Aulnoy.	2	3
Ayudantes del Diablo.	2	3	Viajes del capitán Gulliver.	4	6
D. VENTURA DE LA VEGA.			Los pieles Rojas, por F. Gers-		
Poesías líricas.	2	3	tacker.	4	6
Novelas íntimas.	1	4 1/2	El Contrabandista, por don		
			Hipólito Casulla.	2	3

VOLÚMEN NÚM. 121
DE LA BIBLIOTECA MADRILEÑA.

OBRAS PUBLICADAS	Ts.	Rs.	OBRAS PUBLICADAS.	Ts.	Rs.
POR D. EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.			OBRAS EN PUBLICACION.		
Noche de Venganzas.	4	4 1/2	Los secretos del Occéano, por E. Her- nandez y Fernandez.		
POR D. A. CASTILLA Y GUTIERREZ.			Los grades Lagos de Africa, por el ca- pitan Burton.		
El Gato Negro.	4	4 1/2	Los Busca-vidas, por D. M. Fernandez y Gonzalez.		
POR D. ENRIQUE CEBALLOS Y QUINTANA.			Un viaje por Oriente, por el conde A. de Moustier.		
Las mujeres del dia.	4	4 1/2			



Véase la 3.^a plana de esta cubierta.